La conquista del ESPACIO

LOS ABORIGENES DE KALGALLA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



El general empezó a sonreír. Sentía un ligero desprecio por aquel tipo que se enorgullecía cuando le llamaban tirano de Kalgalla. Su poder había sido grande tiempo atrás, pero desde los últimos años su control sobre las ciudades y aldeas de Kalgalla se había estado evaporando. Si no hubiese sido por la ayuda de Kholt y sus mercenarios habría sido vencido por los rebeldes apenas hizo su aparición en los cielos de Kalgalla la brillante esfera del Orden Estelar.

A. Thorkent

Los aborígenes de Kalgalla

Bolsilibros: La conquista del espacio - 599

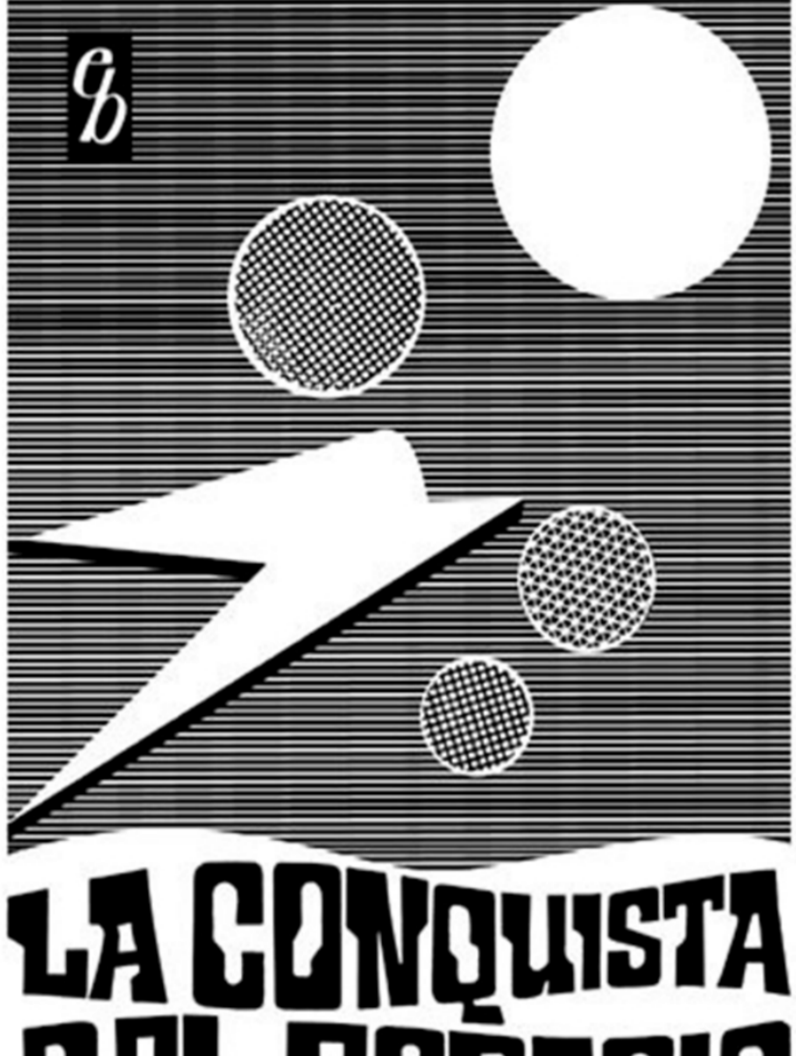
ePub r1.0

Titivillus 10.09.2019

A. Thorkent, 1981

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

LOS ABORÍGENES DE KALGALLA

A. THORKENT

1

Los verdes ojos de Alice Cooper se posaron en el mensaje codificado que el alférez Koritz le entregó.

Por un momento la capitana consultó con Adan Villagrán y éste se limitó a asentir con la cabeza. Entonces ella rompió el sello y leyó el contenido. Cuando hubo terminado se limitó a decir mirando a todos los oficiales reunidos en la sala de conferencias:

—El alto mando del Orden Estelar nos autoriza a intervenir en Kalgalla.

Nadie exteriorizó alegría o pesadumbre ante tales palabras. Sólo una persona, que vestía las gruesas ropas del planeta, sonrío ampliamente y sus ojos chispearon vivamente.

Se adelantó hasta los dos comandantes que presidían la mesa y pregunto:

—¿Cuándo será?

El comandante Villagrán hizo un gesto a la capitana Joan LeLoux, quien se levantó para informar:

—Mi brigada de asalto está dispuesta, señor.

—Entonces el ataque a la fortaleza del tirano Smarglo será dentro de… —Alice entornó los ojos pensativa—. Dentro de una hora. Señor Jeffrey, ¿podemos contar con la colaboración de sus guerreros?

El hombre vestido con las gruesas ropas precisas para combatir el frio ambiente de Kalgalla, llamado Joe Jeffrey, asintió con valor.

—¡Por supuesto! —exclamó—. Y le juro que todos estamos impacientes por luchar a su lado, amigos. No les defraudaremos.

—Estoy segura que no —sonrió Alice—. Pero le aconsejo, señor Jeffrey, que contenga un poco el ímpetu de sus hombres y en todo momento se atenga a las instrucciones de nuestra capitana LeLoux, quien dirigirá las operaciones de superficie.

—Se hará todo como ustedes digan.

—Bien —dijo Alice. Miró a todos los demás oficiales y en particular al capitán Kelemen—. A partir de este momento comenzará la cuenta atrás. Exactamente dentro de cincuenta y nueve minutos se iniciará el asalto. Confiemos que el enemigo esté convencido de que no serán atacados. Obviamente no habrán recibido el mismo mensaje codificado que nosotros procedente de la Tierra —concluyó riendo.

Los oficiales salieron rápidamente de la sala. Jeffrey, nativo de Kalgalla, emocionado, se rezagó y dijo a Alice:

—Me gustaría poderles demostrar mi gratitud, Dama Cooper.

Alice arrugo el ceño. El título que aquel hombre le daba era un remedo de las viejas costumbres imperialistas que al parecer no se habían borrado aún del planeta. De todas formas le agradeció el respeto con una sonrisa, diciendo:

—Cumplimos con nuestro deber. Nada más.

Joe Jeffrey hizo una inclinación de cabeza y salió. Junto a la puerta le esperaba el alférez Koritz. Una vez en el pasillo, mientras se dirigían a un tubo de contacto para ir a los hangares, Joe dijo lleno de entusiasmo:

—Esta mujer es maravillosa, alférez. Tiene usted suerte de estar bajo sus órdenes.

Koritz tosió suavemente.

—Cooper es sólo una de los dos jefes de esta unidad exploradora, señor Jeffrey.

—Oh, sí. Sé que el otro comandante comparte con ella el mando. Y al parecer algo más, ¿no?

—Si se refiere a que son compañeros íntimos… Vamos, no ponga esa cara. Todo el mundo lo sabe. Desde que Villagrán se incorporó a la *Silente* duermen juntos. Creo que pronto firmarán un contrato matrimonial. Tal vez cuando termine esta misión.

Joe sonrió tímidamente.

—Pensé que no estaba bien hablar de la vida íntima de sus superiores, alférez.

—¿Por qué? Somos muy liberales, señor Jeffrey. Tal vez incluso podemos resultar libertinos e inmorales para unas gentes de conducta estricta como…

Al callarse el alférez, Joe completó la frase:

—¿Iba a decir como nosotros, los kalgallanos? —rió con sorna y

agregó repentinamente serio—: Durante muchos años hemos estado sojuzgados bajo la tiranía de Smarglo y su fiel general Kholt. Ellos nos impusieron una forma de vida austera, en la que el sexo estaba perseguido incluso. Sin el menor ápice de libertad no explotaban hasta límites insospechados. Mientras pregonaba para el pueblo austeridad y paciencia, ellos vivían en la abundancia en sus recintos vigilados por mercenarios.

—Conocemos todo eso, señor.

—Lo sé, pero debo decirlo. Conservo en mi ser un odio profundo hacia el tirano y sus crueles servidores. Sólo cuando estén vencidos respiraré aire puro. Mientras tanto, pese a que disfruto de la atmósfera de su nave, a mis pulmones sigue llegando la podredumbre que Smarglo esparció por todo Kalgalla.

Koritz escuchó en silencio a Joe. Admiraba al veterano luchador de Kalgalla. Le sonrió e invitó a entrar en el deslizador, diciendo:

—Por favor. No tenemos mucho tiempo. Un transbordador le conducirá en unos minutos con sus hombres a la superficie.

Alice estudió la reproducción holográfica del territorio donde iba a desarrollarse la operación. A su lado Adan encendió un cigarrillo con parsimonia.

—Supongo que el Alto Mando habrá considerado las posibles implicaciones intergalácticas que pueden provocar los próximos acontecimientos, ¿no?

—Ése será su problema. A nosotros nos han dicho que Smarglo y su régimen están descalificados para seguir rigiendo los destinos de Kalgalla. Es suficiente.

—Eso mismo pienso yo. De todas formas es algo poco frecuente en la política del Orden el empleo de las armas. Por cierto, ¿quién supervisará las operaciones de superficie?

Alice abrió la boca. Se encogió de hombros y emitió una sonrisa infantil, como si hubiera sido pillada en una travesura.

—Bueno, lógicamente debería ir yo, ¿no?

—De ninguna manera, encanto —rió Adan—. Tú estás de guardia hoy en el puente. Por lo tanto debes dirigir las operaciones desde allí. Así, yo seré quien baje.

—Sugiero que te quedes conmigo —silabeó Alice—. La capitana LeLoux está sobradamente capacitada para dirigir la brigada de asalto.

—Lo sé. Es una oficial eficiente y bajo su mando las tropas harán un buen trabajo y apenas se producirán víctimas. LeLoux sabe apreciar la vida de cada uno de sus combatientes. De todas formas…

La besó y ella le miró un poco furiosa.

—Eres un testarudo. No estás obligado a hacerte el héroe.

—Ni pensarlo. Me disgusta la idea de convertirme en héroe. Pero recuerda que abajo estarán los combatientes de Joe Jeffrey.

—¿Y qué?

—Son seres impetuosos. Aunque Joe nos ha prometido que acatará las órdenes que partan del puente de mando del *Silente*, evitando actos que perjudiquen la óptima coordinación de los soldados de LeLoux, me temo que llevados por el ardor en la lucha y el odio acumulado durante muchos años contra Smarglo puedan cometerse errores que dificulten el buen fin del plan.

—¿Y estando tú todo marchará mejor? —preguntó con ironía Alice.

—Me llevaré conmigo un pelotón de soldados de la brigada. La presencia de uniformes del Orden meterá en las cabezas de los nativos combatientes una noción de disciplina.

Alice suspiró.

—Haz lo que quieras. Nadie te convencerá para que te quedes conmigo.

Adan soltó una carcajada.

—No pretendas engañarme. Si hoy no fuera tu día de guardia serías tú la que iría corriendo a vestir la armadura de combate y bajar a Kalgalla.

—Me conoces bien, ¿eh? —admitió Alice—. Tienes razón. Yo haría lo mismo que tú pretendes hacer. Suerte, cariño.

La capitana LeLoux dejó que el soldado le ajustase el cinturón con las armas y luego ella misma comprobó el correcto paso de oxígeno al casco. Observó los comprobadores de su muñeca. Todo estaba en perfecto funcionamiento.

Se acercó al balcón e hizo la señal para que las compañías comenzaran a entrar en las unidades de desembarco.

Los soldados fueron ascendiendo en las pequeñas naves marcialmente, al frente de sus sargentos y oficiales. Allí había seres de toda la galaxia, de ambos sexos y de diversas razas, pero todos

unidos bajo el ideario del Orden Estelar.

LeLoux aspiró profundamente y se sometió durante unos instantes a un intenso proceso psíquico, acondicionando su mente a las posibles incidencias de la batalla en ciernes.

Como oficial del Orden, LeLoux debía y quería conservar el mayor número de vidas de sus soldados. Durante varios días, mientras esperaban la respuesta de la Tierra, había estudiado profundamente la fortaleza, refugio del tirano de Kalgalla.

Aunque entonces se tenían serias dudas que el Alto Mando aprobase la intervención armada, LeLoux quiso estar preparada y comprobó cien veces hasta los más mínimos detalles.

Volvió a mirar la hora. Todo se desarrollaba según las previsiones.

Hacía veinte minutos que el transbordador que llevaba a Joe Jeffrey al planeta había partido. Aquel guerrillero se uniría con sus combatientes y esperaría el momento adecuado para atacar, coordinando sus movimientos con las tropas del Orden.

Dentro de su casco sonó la voz del capitán Kelemen, quien enlazaba desde el puente de mando, diciéndole:

—LeLoux, el comandante Villagrán partirá antes que usted a bordo de un transbordador rumbo a Kalgalla. Destino: el punto de concentración de las tropas nativas.

Joan arrugó el ceño. Se humedeció los labios y preguntó:

—¿Desconfía el comandante de la eficacia de los guerrilleros kalgallanos?

—Creo que teme que haya un desbordamiento pasional cuando se conquiste la fortaleza.

—Entiendo. Quiere a todos los líderes de la opresión vivos, ¿no?

—Sí.

LeLoux desvió la mirada hacia la derecha del inmenso hangar. Allí había sido situada una larga nave, de estilizada línea, sobre la lanzadera.

Vio la armadura del comandante ascender a la cabina, seguido de un pelotón de soldados.

La pequeña nave se colocó en posición de partida y entonces se abrió la compuerta. En medio de un silencio impresionante, lanzando destellos por sus toberas, la unidad transbordadora pegó un brinco y saltó por el hueco al espacio.

Al otro lado aparecía una gran porción del planeta.

—Ya puedes partir, LeLoux —le advirtió la voz de Kelemen.

Joan se movió con agilidad y saltó del palco. Descendió hasta el suelo del hangar y entró en la primera de las naves.

Apenas se hubo sentado junto al piloto dio la orden de partida.

Una detrás de otra, las treinta naves de desembarco fueron surgiendo de las entrañas de la inmensa unidad exploradora *Silente*. Se movieron por el espacio durante unos instantes, se concentraron y cuando mantenían una formación adecuada enfilaron sus proas hacia la cercana superficie de Kalgalla.

Pensativa, Joan LeLoux iba repasando mentalmente cada movimiento que debía realizar a partir de entonces.

Las posibilidades de éxito se basaban en la sorpresa del ataque.

El tirano Smarglo permanecía en el interior de la vieja fortaleza, seguro de que la gran esfera dorada que orbitaba el planeta terminaría largándose algún día, impotente a causa de su gran poder, pero sometida a unas reglas férreas.

Apenas había recorrido unos centenares de kilómetros cuando el detector dio la primera voz de alarma.

Un patrullero enemigo se acercaba a ellos a toda velocidad.

Seguramente debían de estar sus tripulantes tan confiados que cuando avistaron la aproximación de la flotilla de desembarco no dieron crédito a sus ojos.

Pero antes de que pudieran transmitir un comunicado a la fortaleza, desde el *Silente* surgió un trazo luminoso que al incidir en el patrullero lo convirtió en una bola de ígneo fuego rojo.

LeLoux observó la destrucción del patrullero con gesto indiferente. Eran las primeras víctimas de aquella jornada.

Y no serían las últimas.

Penetraron en la atmósfera del planeta. Las unidades de desembarco deceleraron, salieron los estabilizadores y el aire, cada vez más denso, rugió alrededor de ellos.

Pensó en el comandante. Seguramente ya debía de estar llegando al punto donde las fuerzas guerrilleras de Joe se concentraban, a poca distancia de la fortaleza.

Seguramente el tirano no les opondría otro patrullero. Según Jeffrey no disponía de demasiadas unidades especiales.

A Smarglo las cosas no le iban bien desde hacía algún tiempo.

La oposición armada era cada día más fuerte y sus mercenarios fueron perdiendo, lenta pero inexorablemente, ciudades, aldeas, factorías y granjas.

Desesperado, el tirano solicitó la ayuda de Kholt, un general mercenario procedente de Yerpah II.

Kholt acudió con tropas despiadadas y comenzó a sembrar de terror el planeta. Las cosas se hubieran puesto mal para los rebeldes si con la llegada de la
UNEX
Silente no se hubiera cortado la entrada de más mercenarios a Kalgalla.

El Orden no podía intervenir en los asuntos internos del planeta, pero nada le impedía cortar la llegada de los secuaces de Kholt en el espacio, más allá de la jurisdicción de Kalgalla.

Pero de todas formas Smarglo se había fortalecido lo suficiente para, al menos, resistir en su vieja y enorme fortaleza el asedio de los guerrilleros.

Y la cosa se hubiese prolongado indefinidamente si el Alto Mando del Orden no hubiese adoptado la decisión de atacar, una vez que se había confrontado y asegurado que ellos tenían el apoyo de la gran mayoría de los nativos, que además aplaudían el gesto.

La voz de Kelemen dijo en el interior del casco:

—Posición enemiga a veinte mil metros.

LeLoux pulsó el botón que encendería luces amarillas en las treinta unidades de desembarco.

Cuando la fortaleza estuvo a simple vista, como una serie de cubos y rectángulos grises, hizo que las luces rojas sustituyeran a las amarillas.

El ataque iba a comenzar.

2

Smarglo se detuvo en su paseo, como fiera enjaulada, cuando el general Kholt penetró en la estancia.

Kholt era un hombre alto y corpulento, todo lo contrario que Smarglo, un tipo bajito y muy delgado.

Los pequeños pero brillantes ojos de Smarglo se movieron velozmente a la vez que ponía las manos abiertas hacia arriba y decía quejumbrosamente:

—¿Qué demonios pasa ahora?

—Lo siento, Smarglo, pero el Orden no se ha retirado. Esa maldita nave sigue orbitando el planeta.

—Me aseguraste que pronto recibirían la orden de marcha, dejándonos tranquilos.

Kholt suspiró, desalentado.

—Eso pensé. Lógicamente la *Silente* debió haber recibido instrucciones de la Tierra, las cuales debían contener instrucciones para que nos dejasen en paz. Por el contrario…

Smarglo cruzó los brazos y entornó los ojos, haciéndolos más pequeños aún, hasta casi desaparecer en su huesudo rostro.

—¿Qué quieres decir? Por el contrario… ¿qué?

—Teníamos cerca de la Unex nuestro único patrullero válido y nos informaba del acercamiento de pequeñas naves enemigas cuando dejó de emitir.

—¿Fue atacado?

—No lo creo. Tenían instrucciones de no provocar a los del Orden. Sólo vigilarlos.

Smarglo reanudó su nervioso pasear por la estancia. Entre dientes decía:

—¿Por qué tuvo que llegar esa nave del Orden a mi planeta y trastornarlo todo? ¿Es que no tenía bastante con la rebelión de Joe Jeffrey y sus fanáticos seguidores? —Se detuvo y dijo mirando al

general—: Mis soldados ya lo tenían acorralado, ¿sabes? Y habría acabado con todos los guerrilleros, incluso sin necesidad de haber pedido tu ayuda, Kholt. Este mundo habría vuelto a ser lo que fue siempre, un dominio perfectamente controlado por mi familia desde que el Gran Imperio se derrumbó.

El general empezó a sonreír. Sentía un ligero desprecio por aquel tipo que se enorgullecía cuando le llamaban tirano de Kalgalla. Su poder había sido grande tiempo atrás, pero desde los últimos años su control sobre las ciudades y aldeas de Kalgalla se había estado evaporando. Si no hubiese sido por la ayuda de Kholt y sus mercenarios habría sido vencido por los rebeldes apenas hizo su aparición en los cielos de Kalgalla la brillante esfera del Orden Estelar.

Con la sola presencia de la nave *Silente*, a la que precedía la fama de aquella maldita organización de origen terrestre, los rebeldes cobraron nuevas energías y pusieron en dificultades las tropas represivas de Smarglo, quien no tuvo otra alternativa que solicitar la ayuda de Kholt.

Pero Kholt poco podía hacer contra un pueblo que se oponía resueltamente al tirano. Y mientras tanto, los miembros del Orden investigaban a espaldas de Smarglo lo que sucedía en el planeta.

Cuando el Orden se convenció de que Smarglo no contaba con el apoyo de la población de Kalgalla rompió las conversaciones y buscó a Joe Jeffrey, el líder de los rebeldes. Al parecer los comandantes de la nave *Silente* lo estimaban como un representante legal de Kalgalla.

—Es cuestión de paciencia, Smarglo —dijo Kholt, intentando con sus palabras que el hombrecillo se serenase, cansado ya de verle deambular por la estancia—. Conozco un poco la forma de actuar del Orden Estelar y no sería éste el primer planeta que abandonan porque no existiera forma legal de intervenir.

—Ellos reconocen a Joe…

—Desean reconocerlo, que no es lo mismo. Supongo que, para no salirse de sus normas estrictas, el Orden tendría que convocar un plebiscito y que de éste salieran nuevos gobernantes —sonrió—. Lo cual, obviamente, no podrá hacerse en este planeta mientras nosotros impongamos nuestra ley. No tardarán en cansarse de dar vueltas y se largarán algún día.

En aquel momento se oyó un seco estruendo y las paredes de la habitación vibraron fuertemente. Smarglo palideció y Kholt abrió estúpidamente la boca, sin comprender lo que pasaba.

Inmediatamente entró un mercenario de Kholt. Desde la puerta dijo gritando:

—¡Nos atacan!

—Deben de ser los rebeldes —sonrió Kholt—. Seguramente temen que la nave del Orden se marche y están dispuestos a gastar las últimas energías en un ataque suicida. —Miró al soldado—. Son los rebeldes los que atacan, ¿no?

El soldado se atragantó al deglutir y asintió con un fuerte movimiento de cabeza. Pero dijo nerviosamente:

—Sí, son los rebeldes; pero… también nos atacan desde el aire, señor. ¡Son cientos de soldados del Orden los que descienden sobre nosotros, destrozando las entradas de emergencia por las que penetran en la fortaleza!

Smarglo sintió que las piernas le temblaban y buscó una silla en la que sentarse. Se quedó allí, desmadejado y temblando. Khotl intentó enderezar su maltrecha figura. Adoptó una postura orgullosa, empuñó su nacarado láser y gritó:

—Aunque sean soldados de la Tierra serán rechazados de las azoteas y terrazas de la fortaleza. Los arrojaremos al vacío, contra los malditos rebeldes que ascienden por la ladera…

El soldado meneó la cabeza.

—General, usted no me ha escuchado, al parecer. He dicho que los soldados del Orden están entrando en la fortaleza. De hecho ya deben de estar dentro. Mientras tanto, los rebeldes no sólo han ascendido por las laderas, sino que han desbordado nuestros sistemas defensivos.

—¡Y dijiste que nunca seríamos atacados por el Orden, maldito cretino! —vociferó, gimoteando, el tirano de Kalgalla.

—Por los demonios solares, Smarglo —exclamó el general—, ¿quién podía prever que esos idealistas terminarían usando medios tan brutales?

Smarglo se levantó de un salto.

—¿Qué esperas para ponerte al frente de tus estúpidos mercenarios y destrozar a esos malditos?

Ofendido, Kholt dijo al tirano antes de salir:

—Eso haré, pero te aconsejo que tú vayas preparando el veneno con el cual deberás largarte al infierno antes de caer en manos de los que te arrancarán la piel a tiras. Es lo que debe hacer un bárbaro tirano como tú en tales circunstancias.

Y se marchó cerrando la puerta de un violento golpe.

A solas, Smarglo comenzó a vaciar los cajones de la mesa de trabajo. Montones de papeles fueron arrojados al conducto que comunicaba con los incineradores de la fortaleza. Luego abrió una caja de seguridad y extrajo saquitos repletos de piedras preciosas, gemas y centenares de certificados de créditos estelares, negociables en cualquier parte de la galaxia, incluso en las más apartadas e incivilizadas zonas.

Corrió hacia la puerta y la aseguró con los cierres magnéticos. Era de sólido acero y si alguien quería entrar allí tendría que utilizar durante un buen rato un proyector de láser de gran potencia.

Luego, Smarglo abrió una puerta secreta, de la que ni siquiera Kholt conocía su existencia. Entró en el estrecho pasillo, que se iluminó cuando cerró la puerta que comunicaba con su gabinete.

Al otro lado había un sendero subterráneo que le llevaría a bastante distancia de la fortaleza, a un viejo volcán apagado donde le esperaba una nave biplaza, poderosa y moderna. En pocos días, navegando por el hiperespacio, podría llegar a algún planeta donde el Orden no tendría ninguna jurisdicción.

Mientras tanto, pensó, el estúpido de Kholt podía morir intentando contener el ataque.

Adan levantó la cabeza, observando cómo desde el aire descendían los soldados de LeLoux. Hacía apenas un instante que los cruceros habían pasado sobre la fortaleza, en vuelo rasante, destrozando las defensas más importantes. Ahora las dos fuerzas atacantes, soldados del Orden y guerrilleros, tenían el camino casi allanado.

Al frente de varias decenas de guerrilleros, Adan corrió al lado de Joe hacia una entrada. La pesada compuerta estaba destrozada, doblado el acero como si hubiera sido de plomo.

Secretamente, días antes se había suministrado a los guerrilleros de Joe armaduras de combate y armas. Ahora aquellos hombres y mujeres estaban adecuadamente equipados y combatían con gran

moral y ardor.

Sus anaranjadas armaduras brillaban bajo los rayos solares del día que moría.

Mientras los guerrilleros penetraban como un huracán en el interior de la fortaleza, por el aire continuaba descendiendo la brigada de asalto de la capitana LeLoux.

Adan ordenó que un grupo se dirigiese a la casamata de la izquierda. Desde allí les disparaba una batería de láseres.

Momentos después quedaba acallada.

El interior de la fortaleza estaba lleno de humo y vapores.

El suelo mostraba grandes boquetes y algunos llenos de cadáveres, todos de mercenarios de Smarglo.

El ataque había sido una total y desagradable sorpresa para los defensores, quienes al parecer sólo esperaban algo parecido por parte de los rebeldes. La caída desde la órbita de los soldados de LeLoux había resultado algo totalmente inesperado y había provocado el desconcierto entre los defensores.

De vez en cuando se rendía algún grupo de mercenarios, al sentirse acorralado. Su ímpetu de lucha era casi nulo y la presencia de soldados y guerrilleros parecía haberles producido una total desgana de seguir empuñando las armas.

Adan y Joe irrumpieron en una enorme sala. Tal vez servía para que los mercenarios ejercitasen sus tácticas de combate.

Bajaron por una rampa y pusieron en fuga varios defensores, que escaparon por el fondo dejando algunos muertos en su huida vergonzosa.

Desde otro punto bajó un tropel de soldados del Orden. Adan distinguió la armadura plateada de la capitana LeLoux. Sonrió. Aquella mujer siempre estaba al frente de sus tropas, empuñando un láser y disparando mientras corría, hurtando su grácil cuerpo a los disparos del enemigo apostado en el fondo de la explanada.

Adan se arrojó al suelo y usó sus binoculares. Al parecer el enemigo había abandonado el pánico y estaba dispuesto a vender cara la rendición.

Vio al llamado general Kholt arengar a sus hombres. Aquel tipo podía tener muchos defectos, pero estaba demostrando que no era un cobarde. Intentó descubrir al tirano. Pero allí no estaba.

Seguramente el siniestro hombrecillo estaría escondido,

temblando de miedo.

La voz de LeLoux sonó en el comunicador de su casco:

—Comandante, voy a ordenar un ataque por el flanco izquierdo. Los guerrilleros pueden avanzar cuando el enemigo nos dirija su fuego.

—Eso será peligroso para usted y sus hombres, capitán —replicó Adan frunciendo el ceño, mientras metía otra carga en su arma.

—¿Sugiere usted otro medio?

El comandante observó las posiciones enemigas. Existía un terreno con escasos medios para ocultarse que tenía más de doscientos metros.

Desechó el ataque frontal. Miró la techumbre situada sobre las líneas mercenarias.

La fortaleza era muy antigua y la estructura abovedada aparentaba cierta debilidad, tal vez a causa del paso del tiempo o porque las explosiones exteriores la habían debilitado.

Gritó a Joe que llevase allí los más pesados proyectores de láseres y le dijo que disparase contra la techumbre.

Joe comprendió el plan de Adan, pero dijo preocupado:

—Comandante, esta fortaleza data de los gloriosos tiempos del Gran Imperio. Es muy vieja. Corremos el riesgo que no solamente se desplome la sección que cubre las posiciones enemigas, sino que todo se derrumbe, incluso sobre nosotros.

—Esperemos que el enemigo sólo se dé cuenta de que pueden morir ellos y saquen bandera blanca enseguida, antes, por supuesto, que nosotros quedemos aplastados, ¿no? —sonrió Adan.

Sabía que LeLoux le escuchaba y ella comprendería que intentaba evitar más muertes entre los soldados de la capitana.

LeLoux agradecería aquello. La mujer sufría intensamente cada vez que uno de sus soldados caía herido o muerto.

Y al parecer, lamentablemente, su brigada de asalto había sufrido bastantes bajas.

Cuando los proyectores láseres iniciaron el fuego contra la techumbre y cayeron los primeros cascotes, hubo un revuelo entre los defensores mercenarios.

Apenas transcurrió un minuto cuando una bandera blanca fue alzada.

Adan ordenó el cese el fuego y se puso en pie, esperando que la

columna de mercenarios, con los brazos alzados y desarmados, llegasen hasta ellos.

El general Kholt se despojó del casco y trató de saludar militarmente al detenerse a dos metros de Adan. Pero desechó aquel gesto de opereta, torció la boca y dijo:

—Bueno, comandante. Todo terminó. Usted gana. No pido condiciones, como ve. Espero que al menos evite que los rebeldes se tomen la justicia a su antojo.

LeLoux había comprendido lo que podía pasar y dispuso que sus soldados rodeasen con disimulo, peor eficazmente, a los prisioneros para evitar una posible reacción violenta por parte de los rebeldes.

Adan sonrió y dijo al preocupado al general:

—No se inquiete, Kholt. No reconozco su grado militar, pero serán adecuadamente considerados como soldados a sueldo.

—¿Qué será de nosotros?

—Supongo que mis superiores terminarán expulsándoles a todos ustedes a algún mundo no perteneciente al Orden Estelar. Por el momento serán recluidos como prisioneros de guerra —miró a Joe —. Le prometo que su seguridad y la de sus hombres está garantizada.

Joe comprendió que Adan quería sacar de allí a los prisioneros y alejó a sus tropas ordenándoles que registrasen hasta el último rincón de la fortaleza. Luego, soldados del Orden empezaron a sacar a toda prisa a los desolados mercenarios.

—¿En dónde está el tirano? —le preguntó Adan al general.

Kholt se lo indicó.

—Se quedó en su gabinete —sonrió amargamente—. Pero dudo que esté ahora allí. Ese bribón debe disponer de algún medio para salir de la fortaleza.

Joe dijo:

—Estas viejas instalaciones imperiales están plagadas de pasadizos secretos —frunció el ceño—. Creo que a unos kilómetros de aquí existe un viejo cráter de un extinguido volcán. Tal vez Smarglo disponga allí de alguna nave rápida con la que piense escapar.

3

En Ulma, la gran urbe de Kalgalla, y todas las demás ciudades y aldeas, se celebró estruendosamente la victoria.

Las gentes se echaron a las calles, gritando, bailando y cantando canciones alegóricas a la prosperidad y libertad que llegarían.

Las reducidas guarniciones del tirano se rindieron rápidamente y sólo gracias a la intervención de los soldados del Orden se evitó que las multitudes enfurecidas los lincharan. De las cárceles y de los campos de prisioneros salieron miles de prisioneros políticos del tirano.

Sólo la noticia de la huida del tirano Smarglo enturbió un poco la alegría general.

Alice y Adan repasaron los informes al respecto. La mujer, alisándose el rubio cabello, dijo:

—Efectivamente, tenía una nave pequeña pero veloz oculta en ese volcán apagado. Desde la *Silente* detectamos el paso de Smarglo a unos cincuenta mil kilómetros de nosotros. No pudimos hacer nada, querido.

—¿Ni siquiera enviar un crucero ligero para interceptarlo?

—Era tarde. Llevaba mucha velocidad.

—¿Es que desapareció en el hiperespacio?

—No lo sabemos. No olvides que era un vehículo muy pequeño. Creo que uno de esos biplaza con gran autonomía. Con toda seguridad estará ahora a muchos millones de kilómetros, rumbo a un planeta seguro para tipos como él.

Adan suspiró y se encogió de hombros.

—Tal vez sea mejor así.

—¿Por qué?

—Hemos evitado al Orden el problema de tener que juzgar a Smarglo, ¿no?

—Pero están el general Kholt y todos los mercenarios que se

rindieron.

—Pediremos que nos envíen un carguero. Los sacaremos de Kalgalla y posiblemente serán conducidos a un planeta no sometido a lazos políticos con el Orden.

—Deberían ser castigados…

—Sería muy difícil probar la culpabilidad en Kholt y los demás. El general vino aquí porque el tirano lo llamó. Entonces Smarglo poseía una tibia legitimidad. No. Será mejor zanjar este asunto expulsando a los mercenarios. Los nativos se sentirán contentos siendo libres. Durante varios días celebrarán la victoria. Cuando despierten de la tremenda borrachera que están cogiendo los prisioneros estarán lejos y seguramente se alegrarán de ello.

Alice no estaba muy segura de que los kalgallanos reaccionasen así. Recordó que durante muchos años habían padecido las injusticias del tirano. Fue una época cruenta, que incluso aumentó con la llegada del general.

—¿Cuándo nos marcharemos? —preguntó Alice.

—Tan pronto como llegue el carguero y el equipo económico que el Alto Mando nos prometió cuando les informamos de que el asunto de Kalgalla estaba concluido.

El hombre sonrió ampliamente. Era su primera misión llevada a buen fin en colaboración estrecha con Alice. Pensó Adan que no podía quejarse. Era un magnifico comienzo.

Pero Adan se equivocaba. En realidad los problemas en Kalgalla no habían hecho más que comenzar.

Mientras se alejaba del planeta, Smarglo rumiaba su derrota.

Ahora, lejos del mundo que había convertido en su particular dominio, se mordía los puños lleno de desesperación.

De todas formas estaba sereno. Una vez pasado el peligro que suponía cruzar la órbita usada por la *Silente* se había dedicado a repasar los acontecimientos.

Aunque al principio había pensado sumergirse en el hiperespacio, por alguna razón que aún no comprendía seguía navegando a velocidad muy inferior a la de la luz.

A pesar de ello seguía alejándose del Sol. Sentado en la pequeña cabina, ocupando uno de los dos sillones, dejaba que su pequeña nave navegase automáticamente, regida por el computador, en el cual había insertado una ruta que le conduciría a los mundos del

Saco de Carbón, donde no regía el Orden Estelar. En cualquier momento pulsaría el botón y comenzaría a navegar por el hiperespacio.

Smarglo se arrellanó en el sillón y miró la visión del espacio que discurría por la proa de su nave. Los millones de estrellas parecían burlarse de él, de su derrota.

Comió una ración y bebió un poco de agua. No disponía de mucho espacio para moverse allí, pero poseía alimentos más que suficientes y las comodidades eran adecuadas.

Saltó del sillón y entró en la diminuta cabina que era su dormitorio. En la otra que hubiera usado el segundo pasajero, de haberlo, tenía almacenadas sus riquezas. Al menos no sería un cualquiera en los mundos del Saco de Carbón. Suspiró. Tendría dinero, pero carecería de poder, dominio sobre millones de seres que temblaban con sólo oír su nombre. Ahora se convertiría en un anodino ser, que se perdería entre otros millones más.

Abrió una bolsa y del interior surgió una fuente de luz propia al incidir en las gemas la luminosidad de la cabina. Repentinamente furioso, la arrojó.

Sobre la litera había una caja de acero que llamó su atención. No recordaba lo que contenía. Intrigado, se acercó a ella y la abrió. Sólo tuvo que apoyar sus dedos para que el cierre, obediente a sus huellas dactilares, quedase anulado.

Dentro de la caja había unos bulbos. Eran del tamaño de sus puños y su color rosado poseía un singular brillo interno. Smarglo sonrió despectivo ante aquellos bulbos. Se preguntó para qué había cargado con aquella caja, que en realidad sólo contenía algo que tenía en su poder desde hacía mucho tiempo.

Recordó que fue veinte años antes cuando se descubrieron las asombrosas ruinas prehumanas de Kalgalla. Un grupo de exploradores llevó a Ulma algunas reliquias. Cuando se enteró, Smarglo lo requisó todo. Había extrañas figuras, vasijas, objetos de metal cuyo significado era incomprensible. Y también estaban aquellos bulbos.

En realidad Smarglo no sintió interés alguno por los descubrimientos arqueológicos prehumanos, que demostraban que antes que los hombres llegasen a Kalgalla allí existió una extraña civilización. Meramente, Smarglo se apropió de todo aquello para

demostrar a sus súbditos que él era el amo del planeta entero y todo le pertenecía.

Conservó los bulbos, que metió en una caja. Luego se olvidó de ellos y durante cuatro lustros permanecieron escondidos. En la precipitada huida tomó aquella caja pensando que podía contener algunas riquezas. Ahora la miraba con desdén.

¿Para qué quería él aquella porquería?

Sin cerrar la caja, Smarglo la introdujo en la pequeña esclusa por la que se desprendía de los residuos que no permitían un reciclaje.

Se asomó a la ventana, pensando que vería alejarse vertiginosamente a la caja de la nave. Pero estuvo a punto de soltar un grito cuando vio que los bulbos, casi todos, se habían adherido al fuselaje. Su color rosado se había transformado en algo azul intenso.

Smarglo corrió los paneles, furioso. ¿Qué eran aquellos bulbos que parecían resistirse a perderse en el espacio infinito?

Cuando pasaron unas horas y abrió los paneles los bulbos seguían allí.

Pero eran más grandes y su color era ya gris.

Perplejo, el tirano se sentó en su sillón, que hizo girar para seguir mirando los bulbos aferrados al grueso vidrio.

Smarglo se sentía confundido cuando pensaba que ya era el momento adecuado para entrar en el hiperespacio y alejarse del sistema planetario de Kalgalla de una vez. Pero algo poderoso le obligaba a seguir en el espacio normal, navegando, incluso, cada vez más despacio.

Por tres veces había reducido la velocidad, sin conocer exactamente el motivo.

Fuera, los bulbos eran ya del tamaño de una pelota grande. El color casi negro y de la parte pegada al cristal habían surgido filamentos delgadísimos, por miles.

Los bulbos eran doce y casi cubrían toda la superficie de observación.

Smarglo casi no podía apartar la vista de ellos.

Alice y Adan fueron a visitar aquella mañana a Joe, quien como presidente provisional de la república de Kalgalla llevaba unos días muy atareado, dirigiendo la organización del nuevo Estado.

Pero Joe recibió a los comandantes con alegría en su despacho, que días atrás perteneció al tirano. Estaban en el edificio más grande y temido hasta entonces de Ulma.

Joe llenó unas copas con un vino aromático y de intenso color rojizo, diciendo:

—Creo que procede de una vieja bodega imperial. Smarglo lo conservaba para él. Ni siquiera lo dio a probar al general Kholt.

Cuando Adan lo probó, rió y dijo:

—Si hubiera sido mío yo tampoco lo habría compartido con nadie. En esto, al menos, tengo que dar la razón al tirano.

Joe se sentó frente a la pareja y se interesó por el carguero con los técnicos que el Orden había prometido enviar.

—Aún tardará unas semanas —dijo Alice con cierto malestar.

—¿Tan deseosa está de marcharse, comandante? —inquirió Joe.

—Aquí no tenemos nada que hacer; pero no podemos marcharnos sin que antes lleguen los técnicos. Más tarde arribará otra Unex, que permanecerá en Kalgalla cierto tiempo, como previsión en caso de que Smarglo sienta tentaciones de volver.

—Bah, ese tipo no se atreverá a regresar nunca más.

—Se llevó muchas riquezas —recordó Adan—. Puede formar un ejército de mercenarios.

—Imposible. No será tan loco como para arriesgarse a perderlo todo. Se irá a algún mundo y vivirá el resto de su miserable vida gastándose lo que nos robó durante tanto tiempo.

Llenó otra vez las copas y preguntó:

—¿Qué piensan hacer mientras tanto, amigos?

—Aburrirnos —rió Adan—. Al parecer todo marcha estupendamente. Los prisioneros están seguros y la gente no parece dispuesta a llevar adelante sus viejos proyectos de venganza contra los que fueron sus opresores.

Joe tomó una extraña estatua de metal negro de encima de la mesa. Alice lo miró con interés y preguntó:

—¿Qué es?

—No lo sé exactamente. Esta estatuilla y otras reliquias más las hallamos en las habitaciones del tirano. He preguntado por ahí y me han dicho que hace años un grupo de científicos, con mucho trabajo porque tuvieron que actuar sin apoyo alguno, descubrió unas misteriosas ruinas de una singular ciudad prehumana. Aunque este

planeta fue colonizado hace más de cinco siglos, nunca se pensó que anteriormente estuviese habitado por alguna raza humanoide.

—Debió de ser una raza a la que le gustaba el frío, ¿no? —dijo Alice, recordando que casi todo el año Kalgalla estaba sumido en nieves y, ocasionalmente, en violentas tormentas plagadas de glaciales vientos.

—Hace dos días visité, lleno de curiosidad, esas ruinas. No están muy lejos de aquí. Son sobrecogedoras, de verdad. Cuando tengamos más medios y posibilidades realizaremos unas excavaciones más cuidadas.

«Pero siempre hemos estado convencidos de que hace pocos milenios este mundo fue mucho más frío. Ahora es tolerable su clima. Quizás al calentarse los antiguos nativos de Kalgalla emigraron o murieron».

Alice y Adan se miraron. Ella dijo:

—Joe, disponemos de tiempo para echar un vistazo a esas ruinas. Será una forma de distraernos. ¿Podría acompañarnos?

—¡Por supuesto! —sonrió Joe—. Será un honor para mí. ¿Qué les parece mañana?

—Estupendo.

Joe bajó la mirada y una sombra cruzó su rostro.

—¿Algún problema? —preguntó Adan.

—No disponemos de vehículos apropiados. Yo usé uno no muy eficaz y lo pasé muy mal para llegar a las ruinas viajando por la superficie.

—Entonces usaremos uno de nuestros deslizadores —dijo Alice. Tomó entre sus manos la estatuilla.

Era un objeto de acero. No descubrió ningún indicio de óxido. Debía de ser muy antiguo. Representaba una aguda pirámide formada por esferas, que comenzaban siendo grandes para terminar diminutas en la cúspide. A un lado había una forma irregular, y debajo de aquella singular obra de arte existía como un cangrejo, pero con sólo dos pares de patas terminadas en agudas pinzas.

—Al menos poseían un sentido del arte muy acusado —dijo Alice.

Iba a dejar el objeto sobre la mesa y Joe se apresuró a decir:

—Les ruego que la acepten.

Ella empezó a negar con la cabeza y Adan dijo:

—Esto pertenece al patrimonio de Kalgalla. Además, nosotros no podemos tomar regalos.

—Entonces deben hacerlo en nombre de nuestro pueblo para del Orden Estelar. Seguro que existe algún museo donde será bien recibido.

—En ese caso… lo aceptamos —dijo Adan—. Hasta mañana, Joe.

Cuando Joe se quedó solo se rascó la barbilla, intentando recordar todo lo que aquel anciano le había contado referente al descubrimiento de las ruinas. Todo cuanto llevaron a Ulma los científicos fue decomisado por Smarglo.

Aquel anciano le dijo que el tirano se había quedado incluso con unos extraños bulbos que parecían tener vida en su interior.

El muy estúpido de Smarglo, en lugar de ordenar una investigación, se limitó a guardar los bulbos en una caja de metal y olvidarse de ellos.

Aunque Joe no hizo mucho caso al anciano, ordenó que se buscase la caja de metal. Pero no fue encontrada y pensó que tal vez nunca existió.

Alice se había llevado la estatuilla o lo que fuese, pero se acordaba muy bien de cómo era. Aquella pirámide de esferas… El viejo le dijo que los bulbos eran casi esféricos y los había de todos los tamaños. ¿Acaso tenía alguna relación la estatuilla con los bulbos?

Se encogió de hombros y regresó a la mesa de trabajo. Miró con malestar el gran montón de informes. Añoró los tiempos de guerrillero. La burocracia no era su fuerte. Pero suerte sólo era el presidente provisional y pronto sería nombrado otro mediante elección general. Confiaba no ser él, pero no las tenía todas consigo y sus compatriotas podían seguir pensando que él sería tan eficaz en la paz como en la guerra.

Apartó los fastidiosos papeles. Pensó que el día siguiente sería una jornada interesante. Volvería a las ruinas y quizá, con algo de suerte, encontrasen más de aquellos bulbos y otras cosas que le pudiesen dar una orientación concreta del aspecto que tuvieron los antiguos habitantes de Kalgalla.

4

El sargento Alberni conducía el deslizador a unos dos mil metros de altura. En los asientos traseros, Alice, Adan y Joe charlaban animadamente.

El kalgallano extendió un plano de la región adónde se dirigían y explicó:

—Las ruinas fueron descubiertas en las laderas de estos montes. Allí los fríos son intensos, lindando el bajo cero, en casi todo el año. En esta época no hay nieve y eso nos facilitará la visita.

Adan sonrió levemente, viendo el interés de Alice por el asunto. Sabía que su compañera era una entusiasta del estudio de razas no humanas en general, pero cuando se encontraba ante indicios evidentes de que por algún motivo la raza en cuestión había desaparecido su pasión aumentaba. Alice pretendía entonces profundizar en el tema y descubrir la causa de la extinción de millones de seres.

—Sí, es posible que estos seres estuvieran acondicionados a un ambiente mucho más frío que el de Kalgalla —dijo Alice—. Tal vez la temperatura aumentó y provocó la muerte de la raza.

Alberni avisó que se aproximaban al punto. Joe le dijo que intentase posarse en las mismas ruinas añadiendo:

—Creo que existen zonas llanas. Quizá viejos edificios.

El deslizador disminuyó la velocidad, trazó un medio círculo y bajó unos centenares de metros. A través del cristal de la cabina, Alice echó el primer vistazo a las ruinas.

Se sintió defraudada en parte. Vio a lo largo de la ladera de un elevado monte una serie de construcciones grises, restos de grandes edificios separados por amplias avenidas.

Cuando el deslizador se posó sobre uno de los llanos, Alice fue la primera en bajar, cerrándose su traje térmico. Bajó sobre los ojos los anteojos y su nariz, al aire frio, sintió el azote del frío.

Anduvo a buen paso hacia el edificio en ruinas más cercano. Adan la siguió presuroso. Sabía que cuando su compañera se encontraba ante los restos de una desaparecida civilización olvidaba toda clase de precauciones.

La muchacha se detuvo ante el primer muro y lo tocó con sus manos enguantadas. Era granito, de brillante color verde en las partes donde el viento no solía castigarlo a menudo.

Adan, un poco indiferente a todo aquello y bastante defraudado porque las ruinas apenas mostraban a primera vista algo de interés, le aconsejó:

—Tómatelo con calma, querida. Tenemos todo el día.

Joe llegó hasta ellos. Alberni se había quedado junto al deslizador. Para el sargento todo aquello no suponía nada de interés.

—¿Decepcionados? —preguntó el nativo.

Alice se apresuró a negar con la cabeza.

—No, desde luego. Dudo que los hombres que encontraron los indicios abandonaran enseguida la empresa. Joe, ¿sabe usted dónde hallaron las reliquias?

Joe se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. —Miró las ruinas, extensas y monótonas, que se perdían de vista por el sur y luego ascendían ligeramente por la ladera.

»Seguramente éstos no pueden ser los únicos restos de los anteriores habitantes de Kalgalla —añadió—. Con el tiempo encontraremos más. Y esperó que no estén en tan lamentable estado.

Alice dio unos pasos y se detuvo al borde de una plataforma de granito cubierta por una gruesa capa de sedimentos.

—Se precisa tiempo para realizar excavaciones. —Se fijó un instante en la que parecía ser una avenida cubierta de polvo y piedras que los siglos arrastraron desde la montaña—. A nuestra vista sólo tenemos unos restos de edificaciones de apenas dos o tres metros. ¿Qué puede haber debajo de esas toneladas de arena y rocas?

—Quizá los edificios tengan bastante altura —sugirió Adan—. Los sedimentos pueden engañarnos, ¿no?

—Sí, eso pienso yo. Las calles podrían estar a varias docenas de

metros. Estas ruinas pueden tener cien años o cien siglos.

—O cien milenios —sonrió Adan—. ¿Seguimos?

Alice asintió y descendió la suave rampa de arena hasta el amplio sendero que discurría entre muñones de casas. La muchacha dio los primeros pasos con precaución y dijo como explicación de su proceder:

—Temí que pudiera hundirme. Pero está muy duro, bien asentado. Eso indica que la montaña ha estado arrojando arenas y pequeñas rocas desde hace muchísimo tiempo.

Joe apresuró el paso y de nuevo se colocó a la altura de la pareja.

—Creo que los descubridores de estas ruinas y las reliquias excavaron poco para conseguirlas. Ah, esas estatuillas y los bulbos no estaban cerca.

—¿Recuerda algo más, Joe?

El hombre arrugó la nariz, haciendo un esfuerzo de memoria.

—Ese viejo que participó en la exploración me habló de una extensión de arena circular. Cavaron al pie de un muro de cinco o seis metros y allí hallaron las reliquias. Tal vez los bulbos no estaban lejos.

—Será fácil encontrar una extensión circular y un muro derruido de más de cinco metros —dijo Alice mirando alrededor—. Casi todos éstos apenas tienen dos o tres de altura.

Adan subió hasta una elevación del terreno y desde allí les dijo que parecía haber encontrado el círculo de arena.

No estaba lejos y los tres se dirigieron hacia allí. La explanada tenía más de doscientos metros de diámetro. Dejando volar la imaginación, Alice pensó que quizá fue la parte más céntrica de la urbe, seguramente una gran plaza rodeada de altivos edificios de granito.

—Si esta enigmática raza usó metales o plásticos en las construcciones el tiempo se encargó de eliminar cualquier rastro de éstos —resopló Adan—. Sólo el granito ha perdurado.

—¡Allí hay un muro más alto que los demás! —exclamó Alice señalando una dirección con el brazo.

Estaba al otro lado de la plaza y tuvieron que cruzarla. Empezaron a caminar deprisa, pero cuando vieron que el terreno cedía en algunos puntos tuvieron que avanzar más despacio.

Ante el muro, Alice se plantó con las manos en jarras y soltó una carcajada.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó Adan.

—Soy una tonta. Esperaba encontrar aquí restos de las excavaciones, sin acordarme que hace veinte años que ocurrió.

Apenas existía una oquedad junto al muro y era difícil de adjudicar a las lejanas excavaciones. Alice se arrodilló y tomó un puñado de tierra, que dejó escapar lentamente entre sus dedos.

—Adan —dijo mirando al comandante—, si nuestra estancia se prolonga aquí más de lo previsto me gustaría aprovechar el tiempo trabajando. Haríamos unos pozos de prueba y…

—Alice, te recuerdo que no somos arqueólogos —dijo Adan refunfuñando—. Cierto que tenemos que permanecer aquí hasta que lleguen el carguero y la Unex para relevarnos, pero…

—Sigue —le apremió Alice.

—Los próximos días tendremos mucho trabajo. ¿Te dije que poco antes de partir hacia aquí recibí un comunicado del Alto Mando anunciándonos la llegada de un carguero especial para alejar de Kalgalla a todos los prisioneros?

Al oír aquello, Joe se puso tenso y miró con malestar a Adan.

—No debe temer ninguna postura violenta de mis gentes hacia esos mercenarios del general Kholt, comandante, pese a que motivos no nos faltan para pretender lincharlos a todos.

—No quise ofenderle, Joe —se disculpó Adan—. Sólo intentaba hacerle ver a la capitana Cooper que no es seguro poder llevar a cabo esas excavaciones que desea.

—Oh, vamos, Adan —estalló Alice, en uno de sus arrebatos de malhumor—. Podemos traer de la *Silente* máquinas para remover miles de toneladas de arena, filtrarla. Y sacar todas las maravillas que encierran estas ruinas. Podremos conocer el aspecto de los primitivos habitantes de Kalgalla, incluso aprender sus costumbres. Y dejaríamos al marcharnos a los actuales habitantes un yacimiento arqueológico importante.

Adan se alzó de hombros, sintiéndose incapaz de seguir discutiendo los deseos de Alice.

—Haz lo que quieras —terminó diciendo.

Se alejó unos metros, simulando estudiar los más cercanos muñones de edificios. Alice le volvió la espalda y empezó a dar la

vuelta al muro de seis metros. El suelo iniciaba un descenso y ella caminó despreocupadamente.

De pronto, Alice soltó un grito. El suelo se hundió bajo sus pies y se sintió arrastrada a un oscuro abismo.

Aturdida, Alice bajó unos metros en medio de una nube de polvo y pequeñas rocas. Volvió a rodar un poco más y luego quedó quieta, de espaldas sobre un montón de arena.

Escuchó que desde arriba Adan gritaba su nombre con desesperación.

Alice se alzó y vio que sobre su cabeza había una especie de chimenea por la que penetraba la luz del día.

—¡Eh! —le gritó haciendo bocina con las manos—. Adan, estoy bien.

Oyó un suspiro de alivio. Calculó que serían cinco metros los que había caído, rodando por un terraplén de pronunciada pendiente.

—Bajaré a buscarte —gritó Adan.

—Iré a buscar cuerdas al deslizador —dijo Joe.

—Bien, espero —replicó Alice.

Entonces ella, acostumbrándose a la oscuridad, empezó a distinguir los relieves del contorno.

No era un pozo en donde había caído, como en un principio pensó. Era una gruta, y al parecer bastante grande. No podía ver más allá de los ocho o diez metros, aprovechando únicamente la luz que entraba por la chimenea.

Cuando oyó que Joe volvía con las cuerdas, gritó a los hombres:

—No subiré enseguida. Quiero echar un vistazo por aquí.

—No cometas locuras —dijo Adan enfadado—. Puede haber desprendimientos.

—Entonces baja tú con lámparas.

—Demonio de chica —barbotó Adan—. ¿Qué esperas encontrar ahí abajo?

—Lo sabremos si te decides a bajar con luces, Adan.

Esperó unos instantes y Adan se unió a ella después de descender por una cuerda. Traía lámparas y entregó una a Alice.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó el hombre enfocando con el haz de luz de su lámpara la oscuridad que les rodeaba.

—Al principio pensé que sería una gruta, pero recordando que

encima teníamos una ciudad debe tratarse de una estancia, con dimensiones de catedral. Es enorme, Adan.

El suelo por el que caminaban estaba cubierto por un palmo de residuos y polvo. Sus botas rechinaron sobre los pequeños guijarros.

Cuando hubieron avanzado unos cien metros se detuvieron. En realidad había sido Adan quien contuvo a la mujer sujetándola por un brazo.

—No sigamos, Alice. Esto es muy viejo, y puede estar en mal estado el pavimento.

Alice se mordió los labios. Comprendía que la prudencia de Adan era lógica. Ella ya había podido romperse el cuello al caer por la chimenea. De mala gana empezó a volverse. El haz de su lámpara trazó un arco y se detuvo oscilante.

—¡Adan, mira! —gritó Alice.

Caminó unos pasos y Adan la siguió temiendo lo peor. Pero cuando vio lo que a Alice le había llamado la atención comprendió que ella había hecho un importante descubrimiento.

El suelo estaba repleto de plataformas circulares de dos metros de diámetro. Había cientos, tal vez miles. Se perdían en la oscuridad, en las increíbles dimensiones de la estancia subterránea.

Y cada plataforma contenía varias docenas de palpitantes bulbos, de color rosado intenso.

5

Smarglo llevaba sin dormir un montón de horas. Tampoco había probado bocado apenas, pero bebía grandes cantidades de agua para reponer en su organismo la que se le escapaba por los poros al sudar copiosamente.

No había vuelto a cerrar los paneles y constantemente miraba con miedo, asombro y estupor lo que se desarrollaba al otro lado de los cristales de observación.

Los bulbos eran tan grandes como su cabeza y seguían cambiando de color. Ahora refulgían en un intenso rojo y los filamentos con los que se aferraban a la nave eran gruesos y menos numerosos. Habían perdido casi todos los finísimos que mostraron al principio de la metamorfosis. Cada bulbo poseía ahora una veintena, más gruesos y lustrosamente rosados.

Smarglo había intentado hacía muchas horas poner en marcha la nave, sumergirla en el hiperespacio y perder para siempre aquella visión aterradora.

Pero los mandos no funcionaban. Estaban bloqueados por alguna misteriosa fuerza. Además, la nave navegaba ahora lentamente, impulsada por la inercia.

El extirano de Kalgalla se restregó el rostro con las manos, sucias, como todo su cuerpo. Podía olerse él mismo la suciedad acumulada durante los días transcurridos desde que huyó del planeta.

Se alzó del sillón y llenó un vaso con agua. Luego miró con asco la comida. De un manotazo la arrojó al vertedero. Segundos después la veía alejarse por el espacio, pasando cerca de los bulbos.

Agotado, Smarglo se tumbó en la litera, volviendo la espalda al observatorio donde crecían los bulbos sin cesar.

Nunca supo el tiempo que había estado durmiendo. Despertó con un horrible sabor en la garganta y mareos. Estuvo largo rato

con la mirada fija en las puntas de sus botas, sin atreverse a levantarla porque sabía que se enfrentaría al espectáculo que le mostraban los palpitantes bulbos.

Cuando al fin se decidió a hacerlo, gritó roncamente.

Los bulbos estaban allí pero ahora eran como globos deshinchados, arrugados y su brillante color rojo se había trocado en algo de aspecto corrompido. Los filamentos se iban separando del cristal. Faltaban varios bulbos. Allí no había ahora más que siete.

De pronto, uno de los bulbos se desprendió y se perdió en el espacio.

Cinco horas más tarde en el cristal del observatorio no quedaba ninguna de aquellas cosas.

Smarglo notó repentinamente despejada la cabeza, las náuseas desaparecieron y sintió apetito. Comió con voracidad y bebió moderadamente. Ya no sudaba y el ambiente de la carlinga le parecía magnifico.

Al sentarse delante de los mandos tenía la sensación que éstos iban a funcionar correctamente. Así fue. El computador, hasta entonces aislado para él, respondió a sus demandas.

La nave empezó a adquirir velocidad y Smarglo sólo tenía que esperar ya que fuese la adecuada para penetrar en el hiperespacio y alejarse del condenado sistema planetario de Kalgalla.

Cuando estaba a punto de rebasar los dos mil millones de kilómetros de la estrella Sñalka, con su solitario acompañante Kalgalla, pasó la nave a automática para que comenzase la navegación superlumínica en diez minutos.

Pero transcurrido ese tiempo la nave seguía navegando a velocidad inferior a la luz.

Smarglo parpadeó, sin comprender nada de aquello. Lanzó maldiciones y se preguntó si de nuevo iban a comenzar para él las pesadillas vividas mientras estuvo acompañado por los repulsivos bubos.

Intentó de nuevo el paso al hiperespacio y todo fue inútil. Pero entonces sucedió que la nave no sólo empezó a desobedecer, sino que increíblemente mostraba deseos de actuar por su cuenta.

En pocos minutos quedó totalmente inmóvil en el espacio y todos los mandos del salpicadero quedaron como soldados,

convertidos en un macizo bloque.

Smarglo estuvo a punto de golpear con sus puños los mandos cuando por el rabillo del ojo notó que al otro lado del observatorio algo oscuro y enorme se interponía entre su nave y las estrellas.

Lentamente giró la cabeza y se quedó paralizado por el terror.

Debía de ser una nave, pero de una forma tan extraña que bien podía tratarse de una estructura metálica salida del mismo infierno que fuera a parar al espacio.

Era enorme, de dimensiones difíciles de calcular. Su parte principal era un ovoide del que partían ramificaciones asimétricas. Aquella especie de garras estaba salpicada por estructuras de metal negro de variadas formas.

El extraño y enorme objeto se acercaba a su detenida nave, con lentitud. Cuando había apenas quinientos metros de separación, una de las garras se extendió y aferró a la nave de Smarglo, atrayéndola.

El antiguo tirano de Kalgalla empezó a temblar de miedo, viendo cómo era llevado hasta el núcleo central ovoidal.

Pasó entre las partes alargadas suavemente. Vio que una parte del núcleo se abría mostrando un orificio luminoso, que aumentaba de tamaño.

Smarglo comprendió que su nave sería introducida allí sin remisión y que era inútil perder la serenidad. Intentó tranquilizarse y tomó el láser, amartillándolo con fuerza.

El orificio se había transformado en una esclusa y la garra colocó en el interior la pequeña nave de Smarglo sobre un suelo blando, que con su contacto se puso en movimiento.

Durante medio minuto, la nave de Smarglo recorrió una distancia que él no pudo calcular, hasta que el túnel luminoso y amarillo desembocó en una estancia con techo abovedado. Entonces se detuvo toda clase de movimiento.

Se produjo un chasquido al liberar la garra la parte de la nave que había aferrado.

El siguiente silencio fue sobrecogedor para Smarglo. Miró por el observatorio. La superficie brillante y sin rincones de la estancia convertida en hangar para su nave seguía estando desierta.

Se movió nervioso por la carlinga. Encendió los visores y estudio su alrededor.

Detrás suyo todo era igual. Incluso el túnel por donde se había

introducido allí parecía haber desaparecido.

Al volver al observatorio vio a los seres.

Eran altos, de más de dos metros, y carecían de la menor apariencia humana. Poseían cuatro piernas que movían rítmicamente al caminar hacia la nave. Su tronco era alargado y de la parte superior surgían dos miembros largos, que casi rozaban el suelo y otros tantos de la mitad de longitud. Sus cabezas eran esféricas, con el cráneo rematado por una cresta y una especie de apéndice carnoso situado debajo de lo que podía ser el equivalente a una roma barbilla humana.

Pero lo más impresionante de ellos era su color: un rojo intenso y brillante en los pliegues.

Un color semejante al que habían adquirido los bulbos antes de marchitarse y perder su contacto con el cristal del observatorio.

Eran cuatro los seres y uno de ellos se adelantó. Dos diminutos ojos muy blancos se fijaron en la figura que había al otro lado del cristal.

Al sentirse observado, Smarglo retrocedió un poco. Entonces el ser movió dos de sus brazos e hizo inequívocamente señas para que él saliera.

Con movimientos mecánicos, Smarglo, aún conservando cierta lucidez, tomó un traje de vacío y se lo puso atropelladamente.

Luego salió al exterior. Sus pies calzados con las pesadas botas se posaron en un mullido suelo de color amarillo. Tragando saliva, Smarglo avanzó hacia el ser.

El que estaba más cerca de él alzó un quinto brazo situado en el centro del alargado tronco, hasta entonces desapercibido para Smarglo, y lo dirigió a su escafandra.

Entonces Smarglo notó que le faltaba aire y profundas nauseas; fue lo último que experimentó antes de sumirse en la inconsciencia.

El doctor Goldstein movió la cabeza y se apartó de la pantalla que mostraba dos bandejas con bulbos colocados en otra habitación, donde había sido producido un frío de veinte grados bajo cero.

Goldstein dijo a los comandantes del Orden y a Joe Jeffrey:

—Existe algo en el interior de esos bulbos. Exactamente no sé qué es. ¿Vida? Tal vez. Necesitaré mucho tiempo.

Su ayudante, un joven pelirrojo, después de toser discretamente dijo:

—La galaxia nos ha deparado las más increíbles formas de vida, pero esto es extraordinario. La envoltura es orgánica, pero lo que encierra parece ser mineral. Quizá se trate de algo parecido a una perla.

Alice escuchaba las vagas explicaciones con el ceño fruncido. Había hecho bajar de la *Silente* a aquellos dos hombres. Goldstein y su ayudante Melvin tenían toda su confianza, pero quizá tener que trabajar en las rudimentarias instalaciones de la fortaleza del tirano les incapacitaba un poco su labor investigadora.

—Sería conveniente llevar esos bulbos a la Unex, comandante —dijo el doctor.

—De ninguna manera —intervino Adan—. Está contra las reglas introducir elementos no conocidos en una Unex. Demonios, *doc*, usted debería saberlo.

—Y lo sé, comandante, pero con los medios de que dispongo aquí me llevará mucho tiempo poder emitir un informe consecuente.

—Haga lo que pueda. Mientras tanto enviaré un informe al Alto Mando dando cuenta del hallazgo —dijo Alice, resignada. Ella hubiera admitido la petición de Goldstein de llevar aquellos bulbos a la *Silente*, pero reconocía que Adan tenía razón.

El doctor gruño algo incomprensible entre dientes.

—Lo intentaré. Aquí tengo un equipo bastante decente de rayos x y de investigación por microondas.

—¿Qué le revelan los rayos x?

—Poca cosa más de lo que ya ha dicho Melvin. Dentro del caparazón orgánico late algo de origen mineral.

—Esos bulbos deben de crecer en la oscuridad, ¿no? Los encontramos en una gran sala sin luz.

—Diría más bien que necesitan frío. Donde los encontraron apenas hacía dos grados bajo cero. Ahora están a menos veinte y hemos notado cierto crecimiento. Desde que están ahí han crecido una centésima parte de su tamaño original.

Aquello preocupó a Adan.

—Tomen precauciones. Tal vez emitan algún germen nocivo para nosotros.

—Bah —sonrió el doctor—. No hay que alarmarse. Lo hemos analizado y al menos la cubierta orgánica no posee nada peligroso.

Diría que nunca vi una superficie tan estéril. Podría…

—¿Qué podría hacer usted, *doc*? —preguntó Alice.

—Abrir un bulbo.

—¿Puede hacerlo con todas las garantías?

Goldstein se encogió de hombros.

—En toda investigación siempre existe un riesgo, ¿no? ¿Qué teme usted, comandante Cooper?

—No lo sé —sonrió la mujer—. En realidad no temo nada. —Iba a decir que quien hacía uso en aquel momento de exageradas precauciones era el otro comandante, pero se abstuvo de comentarlo—. Tal vez al romper el bulbo podrían surgir esporas o algo parecido.

—Repito que en su interior sólo existen componentes minerales. Y hasta ahora no he visto nada de esa índole que sea peligroso.

Y el doctor esperó con las manos en jarra a que sus superiores decidieran de una vez si debía seguir con las investigaciones.

Alice fue la que se adelantó a su compañero y dijo:

—Siga trabajando, doctor. Resultaría obvio aconsejarle que…

—Sí, sé lo que va a decirme: que tenga cuidado. Descuide.

Y les volvió la espalda para enfrascarse en las lecturas de los registros.

El ayudante les acompañó hasta la salida del laboratorio. Con una amplia sonrisa, les dijo:

—Si sucede algo importante les mantendré informados.

—Gracias, Melvin.

Mientras se dirigían a la salida por un corredor, Adan preguntó a Joe qué pensaba hacer con la antigua fortaleza desde la cual el tirano había gobernado el planeta.

Joe señaló un grupo de hombres y mujeres que transportaban varias carretillas cargadas con mercancía y bultos de todas formas y clases.

—Estamos llevando a cabo un inventario. Smarglo almacenaba aquí enormes cantidades de medicamentos, comida y metales preciosos —sonrió, añadiendo jocosamente—: Creo que si tenemos que organizar la vida en Kalgalla más democráticamente y con talante liberal es preciso poner en marcha un sistema económico adecuado.

Adan asintió. En todos los pueblos y ciudades del planeta se

había iniciado una febril actividad. Todo el mundo parecía tener deseos de recuperar el tiempo perdido bajo el dominio de Smarglo.

—Hacen bien —dijo—. Por el momento recibirán ayuda económica del Orden, pero más adelante necesitarán fondos para comenzar a comerciar con otros mundos.

—Smarglo y sus antecesores estuvieron muchos siglos acumulando riquezas. El tirano no pudo llevarse mucho cuando huyó en una nave tan pequeña y dejó bastante. Al menos nos hizo el favor de ir haciendo un fondo que ahora nosotros sabremos utilizar en bien de todos.

»Nos esquilmó despiadadamente, no contentándose con privarnos de las mínimas libertades y someternos a sus caprichos.

—¿Qué uso hacía de semejantes riquezas? —preguntó Alice, observando que de una habitación estaban sacando lingotes de oro y platino.

—Adquiría armas a los traficantes ilegales. Creo que por el tesoro de Smarglo consintió Kholt venir aquí con sus mercenarios. Por cierto, ¿llegará pronto esa nave para llevarse al general y los cautivos?

—La esperamos para dentro de dos o tres días —sonrió Adan—. ¿Tan ansioso está por librarse de Kholt y los suyos?

Joe asintió con la cabeza.

—Sí. Cada día que pasa la gente piensa más en esos miserables. Los ánimos empiezan a soliviantarse y me gustaría que desapareciera la posibilidad de un levantamiento popular exigiendo que se juzgue a esos canallas.

Alice dijo secamente:

—Antes de que eso ocurra ordenaríamos el desembarco de la brigada de la capitana LeLoux y lo impediríamos, Joe. No olvide que al firmar los acuerdos de cooperación entre el Orden y Kalgalla exigimos que no se tomasen represalias. A los prisioneros tenemos que juzgarlos nosotros.

Joe dijo lamentándose:

—Me temo que ustedes serán demasiado benignos con ellos.

—¿Por qué no serán condenados a muerte? Tenemos medios para rehabilitar seres como Kholt.

—¿Borrándoles de su mente el tenebroso pasado?

—Sí. Cuando terminemos con ellos serán otras personas. Las

diseminaremos por cientos de mundos del Orden.

—¿No es eso una especie de muerte? No me refiero a la física, pero sí a la psíquica.

—Es posible. ¿Pero encuentra otra forma más humana?

Joe meneó la cabeza.

—A veces no les comprendo. Quiero decir que me sorprende que una organización como el Orden Estelar haya prosperado con sistemas que demuestran tanta debilidad. Me temo que tarde o temprano su actitud tan quijotesca será la causa de su decadencia.

—Es posible. Pero mientras tanto nos van bien las cosas —replicó Adan—. La Tierra supo surgir cuando el Gran Imperio cayó completamente podrido. Sólo con la verdad y auténticos deseos de ayudar a los mundos desamparados por la gran dispersión hemos logrado ser fuertes de nuevo.

—Ojalá sea siempre así.

—No hay nada eterno —rió Alice—. Yo también pienso que el Orden llegará a su decadencia algún día.

—No eres muy optimista, cariño —dijo Adan.

Habían llegado al exterior de la fortaleza. En la explanada había docenas de vehículos de superficie cargando cuanto era sacado de ella.

—Algún día esta vieja reliquia se convertirá en un museo o algo parecido —dijo Joe. Vio el deslizador de los comandantes y sugirió —: En el edificio del Gobierno provisional nos esperan los representantes de las comunidades del planeta, amigos. Quieren conocerles. Luego les tenemos preparada una comida.

Alice y Adan cruzaron una mirada de contrariedad. Ella expresó:

—No somos partidarios de ese tipo de reuniones. Nos aburren los discursos y los halagos…

—Les aseguro que no habrá nada de eso —rió Joe—. Sólo queremos cambiar impresiones. Cuando los delegados me pidieron una entrevista con los comandantes del Orden no supe negarme. Claro que si rehúsan la invitación… Bueno, creo que encontraré una excusa. En realidad la culpa es mía porque debía haberles advertido.

—No le haremos quedar mal, Joe —dijo Alice fingiendo una resignación exagerada—. Pero si alguno empieza a alabarnos le aseguro que nos iremos.

—Me encargaré de que ninguno olvide mis consejos.

Se dirigieron al deslizador, en cuya entrada se había situado el sargento Alberni.

6

Al despertar, Smarglo vio delante suyo a uno de aquellos seres y sorprendentemente no sintió el mínimo miedo.

Se sentó en la tabla donde había yacido y parpadeó. Estaba totalmente desnudo y por un instante se sintió como un espécimen de laboratorio.

La habitación era circular y había una puerta delante suyo. Al lado de está descubrió a otro ser, en pasiva actitud.

Lentamente se deslizó fuera de la camilla y se puso en pie. Al lado del alienígena, con su piel extremadamente blanca, se sintió insignificante.

El ser retrocedió un paso y lo miró atentamente. Empezó a mover la boca y cuando Smarglo pensaba que de allí iban a surgir guturales sonidos o chirridos escandalosos, escuchó asombrado:

—Te llamas humano y tu nombre privado es Smarglo.

Smarglo retrocedió y tropezó con la camilla. Abrió los ojos y trató de encontrar en su seca garganta un poco de saliva.

El ser había hablado en su lengua, aunque pronunciando las palabras como si las emitiese de un profundo pozo. La extraña serenidad de Smarglo empezó a tambalearse, pero se recuperó y logró articular:

—Hablas mi lengua. ¿Quién eres?

Enseguida consideró la posibilidad de que mientras había estado inconsciente le habían escudriñado la mente, averiguando todo cuanto él sabía. Incluso habían aprendido su idioma.

El alienígena dijo:

—Somos halkos y todo en ti es extraño. Eres completamente orgánico, como los seres inferiores de cuantos planetas hemos explorado.

—¿Qué queréis de mí?

—Hemos aprendido de tu cuerpo y de tu mente cuanto hemos

podido. Nos fue imposible saber más cosas. Hemos sabido de maldades, odio y muerte en tus pensamientos. Mucha muerte. No es extraño que hayas matado halkos.

—¿Qué dices?

—Habíamos pensado librarnos de ti mientras yacías sin vida, pero mis hermanos pensaron que debíamos decirte que tu fin está decidido.

—¿Mi fin? No entiendo…

—En tu lenguaje rudimentario se diría que has sido condenado a muerte por tus crímenes.

Cuando Smarglo recuperó sus ropas se sintió un poco mejor, pero aún seguía estando preocupado. Y se preguntó cómo era posible que sólo estuviese molesto cuando debía estar aterrorizado ante la idea de haber sido condenado a muerte por aquellos grotescos halkos.

¿Grotescos? Meneó la cabeza. ¿Cómo podía pensar que eran grotescos, ridículos, cuando debían ser horribles, crueles, incluso dementes?

Miró a los dos halkos, que imperturbables habían asistido al hecho de vestirse el humano, con curiosidad palpablemente expresada en sus inhumanos ojos.

—¿Por qué queréis matarme? Yo no os he hecho daño.

—Has matado a varios de nosotros.

—¡Absurdo! Nunca he visto antes de ahora a seres como vosotros.

—Eran doce —replicó el halko que hasta entonces se había estado dirigiendo a él. Los demás nunca habían hablado en su lengua.

Smarglo parpadeó. ¿Doce? Doce eran los bulbos que arrojó al espacio y entonces comenzaron a mutarse a velocidad vertiginosa.

Impulsado por un arrebato incontenible, Smarglo intentó acercarse, pese a la repulsión que le producía, al halko. Entonces chocó con una barrera invisible, que al contacto con su piel le provocaba un cosquilleo como la descarga eléctrica de leve intensidad.

—No puedes acercarte a nosotros —dijo el halko—. Te mantenemos alejado porque sabemos que tu débil organismo no soporta la temperatura adecuada para nosotros.

Y como respondiendo a un silencio interrogante, el halko añadió:

—Según tu escala, nuestro entorno sólo nos reconforta cuando la temperatura es inferior a los cincuenta grados bajo cero.

Había una silla o un taburete con raro respaldo cerca de Smarglo. Se sentó. Las piernas le dolían súbitamente.

—Los gemidos de dolor de nuestros hermanos en estado embrionario nos llamaron. El frío espacial produjo un acelerado crecimiento en sus débiles organismos. Ese dolor profundo cruzó en una levísima fracción de tiempo miles de parsecs, guiándonos hasta aquí.

—¿Vosotros sois… parientes de los bulbos?

—Sí. ¿Comprendes por qué te hemos condenado a muerte?

—¡Pero no es justo! Yo no podía saber que eran los bulbos. ¿De dónde sois vosotros? —Los miró asustado, como temiendo la respuesta que presuponía—. Esos bulbos eran… un hallazgo producido en un planeta humano.

El halko agitó sus garras y las dos mayores rasparon el suelo. Eran como una expresión de impaciencia. Dijo trémulamente:

—Sólo existen halkos en un mundo: el nuestro. Nosotros salimos hace muchísimo tiempo de nuestro hogar para encontrar otro que tuviese las condiciones de habitabilidad que el nuestro estaba perdiendo desde muy antiguo.

A un gesto del halko, una parte de la estancia se transformó en un capo de reproducción holográfica, apareciendo un planeta. Smarglo lo reconoció inmediatamente.

—Kalgalla —dijo en un hilo de voz.

—Vosotros lo llamáis Kalgalla, pero es Halko, nuestro hogar. Los nuestros morían porque la temperatura subía y con escaso frío los bulbos no pueden evolucionar. Pero el frío espacial los mata. Como tú mataste a los doce hermanos al echarlos al vacío. Durante unas horas sus organismos se revitalizaron e incluso lucharon por sobrevivir, pero acabaron sucumbiendo.

Y repitió machaconamente:

—Los mataste. Y por tal hecho debes morir.

De pronto, el otro halko, abandonando su silencio, dijo con una voz gutural como la de su compañero:

—Durante largo tiempo hemos vagado por los espacios

galácticos en busca de una patria que nunca encontramos. Cuando pretendimos regresar al hogar nos fue imposible encontrar el camino. Sólo los gritos de agonía de nuestros indefensos hermanos nos pusieron en la ruta correcta.

»En Halko deben quedar bulbos que nuestros antepasados intentaron preservar, aunque nunca evolucionaron debido al calor reinante. Ahora nosotros debemos salvar a nuestros hermanos, llevárnoslos de allí con nosotros y seguir buscando un mundo idóneo.

El otro halko apostilló.

—Lo haremos cuando tú mueras.

Smarglo agitó la cabeza. Encontraba todo aquello absurdo. Aquellos seres de brillante piel o lo que fuese no poseían una tecnología tan avanzada como en un principio él había supuesto.

Pensó deprisa.

Al parecer hacía muchos años, quizá milenios, que aquella nave partió de Kalgalla, o Halko, en busca de un nuevo mundo menos caliente ya que el suyo iba perdiendo el frío indispensable para su supervivencia.

Debían tener una larga vida o su sistema de navegación no les evitaba precipitarse en la dilatación del tiempo. Pero el caso era que habían regresado demasiado tarde. Ahora los halkos sólo querían recuperar los bulbos y marcharse.

¿Pero por qué tenían que abandonar el planeta? ¿Es que unos seres capaces de construir naves estelares no eran capaces de improvisar un medio ambiente idóneo artificialmente?

Aquello era incomprensible para Smarglo.

Pero recordó que en la galaxia había paradojas como aquélla y otras muchas aún más extrañas. ¿Es que los halkos no eran capaces de producir frío suficiente y controlado para acelerar el crecimiento de los bulbos, de los cuales debían nacer más halkos adultos?

—Es tu hora, humano. Tu hora de morir.

—¡No! —gritó Smarglo—. Me necesitáis.

Los dos halkos le miraron.

—Yo no sabía que esos bulbos eran seres como vosotros, entes vivos. Pero tenéis que reconocer que sin mi acción nunca hubieseis encontrado el camino de vuelta al hogar.

Se enderezó y, más animado, añadió:

—Un regreso al hogar que no tendréis que abandonar. Escuchadme bien y creo que terminaremos siendo amigos. Aliados. ¿Por qué no? Vosotros amáis vuestro viejo mundo y deseáis recuperar la civilización de vuestra raza. Estoy seguro de que aún quedan muchos bulbos en las viejas ruinas de vuestras ciudades. ¡Allí mismo pueden crecer y desarrollarse! —Smarglo estalló en carcajadas. ¿Qué podría decir el Orden Estelar si súbitamente se presentaban los verdaderos dueños de Kalgalla, en lugar de los humanos que un día llevó el Imperio como colonos?

Pensó en las grandes riquezas abandonadas allí, acumuladas por él y sus antepasados durante siglos.

—Amigos halkos, tengo grandes ideas para que de nuevo Halko, vuestro mundo patrio, sea el hogar de las nuevas generaciones de halkos. A cambio de mi asesoramiento sólo os pido opción para recuperar todas mis pertenencias, que tuve que abandonar porque mis enemigos me obligaron a huir.

Al llegar a ese punto, Smarglo comprendió que los alienígenas no podían comprender del todo. Necesitó bastante tiempo para explicarles la situación alcanzada en Kalgalla que le hizo escapar.

Naturalmente, Smarglo modificó un poco la serie de acontecimientos en su favor.

Mientras los halkos deliberaban, Smarglo comprendió que no sólo participaban en la discusión los dos alienígenas que allí estaban, sino todos los que podían ir en aquella singular nave.

Los halkos eran telépatas entre ellos. Recordó que cuando los bulbos, al entrar en contacto con el frío espacial, empezaron a desarrollarse desaforadamente para luego debilitarse e iniciar la agonía, lo sometieron a una tensión psíquica tal que llegaron a dominarle hasta el extremo de él mismo suponer que la nave no le obedecía. Todo había sido un engaño.

Los bebés halkos —de alguna forma debía llamarlos— se defendieron de su segura muerte dominando su mente, al mismo tiempo que emitían poderosísimos gritos de auxilio que fueron capados por los adultos halkos que vagaban a muchísima distancia de allí.

Smarglo no tenía tiempo para valorar todas las enormes posibilidades que los halkos podían ofrecerle. Pero si conseguía convencer a los monstruos de que les podía ser de gran utilidad,

estaba seguro de que en pocos días alcanzaría unas metas insospechadas de aprovechamiento de la posible alianza que pudiera obtener.

Melvin bostezó y abrió los ojos, sintiendo los párpados terriblemente pesados.

Sus dientes empezaron a castañetearle y se levantó de la cama donde se había tumbado un rato para descansar, terminando en un profundo sueño del que salía ahora, aturdido y desorientado.

El doctor Goldstein le había pedido que aquella noche, tras cinco días de agotadores experimentos, se quedase de guardia para vigilar la cámara donde estaban los bulbos.

En realidad los bulbos ya no podían ser llamados así. Eran como grandes balones que adquirían un color rosado cada vez más intenso. Se movían con oscilaciones sobre una base densa de diminutos tentáculos y emitían unos poderosos sonidos ultrasónicos que el registro conectado con la cámara iba almacenando.

Melvin buscó su chaqueta y se la ajustó al aterido cuerpo. Salió del dormitorio y anduvo por el pasillo estrecho que le conducía a la cabina desde la cual se observaba el desarrollo de los bulbos.

Mientras corría dando saltitos para ahuyentar el frío, Melvin pensó que el doctor debió de haber llamado a los comandantes para notificarles que al aumentar el frío en la cámara los bulbos empezaron a cambiar con gran velocidad. Pero los jefes del Orden estaban muy ocupados en la *Silente* recibiendo al carguero enviado desde una base cercana del Orden para embarcar a los prisioneros.

Al empujar la puerta de la cabina, Melvin agachó la cabeza, al ser azotado por un tremendo frío. Miró hacia el cristal por el que se observaban directamente los bulbos de la cámara. Estaba roto y todos los aparatos registradores esparcidos por el suelo, destrozados.

Se quedó quieto en el dintel, asustado y olvidando el frío reinante de la cámara, que se escapaba por el doble cristal roto.

En la fortaleza no había mucho personal por la noche. Los nativos solían acudir por la mañana temprano para proseguir con el traslado a Ulma de lo que aún quedaba de valor en los sótanos.

Melvin sintió deseos de gritar pidiendo ayuda. El transmisor estaba inutilizado y empezó a girarse para salir de allí cuando de soslayo observó que las bateas estaban vacías. No veía ningún bulbo

en la cámara.

De pronto la garganta de Melvin lanzó un desgarrador grito al sentir en su cuello la gélida garra que empezó a apretarle.

El ser, casi tan alto como él, lo alzó en el aire. Melvin, con el cuello roto, dejo de gritar y de su boca salió un borbotón de sangre.

Entonces los otros miembros del ser tomaron sus piernas, tirando de ellas hasta separarlas del tronco.

Cuando la criatura se encontró con el humano desmembrado lo arrojó lejos, como decepcionado por la fragilidad de éste.

Salió de la cabina y se reunió con otros seres semejantes a él en el pasillo.

Los jóvenes halkos sintieron pesar al alejarse del ambiente frío que emanaba de la cámara donde se habían desarrollado. Pero sus fuertes constituciones podían soportar durante muchas horas permanecer en ambientes cálidos para ellos.

Al toparse con un par de vigilantes armados, los seres se detuvieron. Eran más de veinte y formaban un grupo compacto.

Ante su presencia, los dos guardianes kalgallanos estuvieron a punto de echar a correr, escapando.

Pero tomaron sus armas y dispararon varias descargas de calor.

Los halkos gritaron ante el fuego. Lo odiaban y se enfurecieron aún más. Sus dos pares de patas se movieron velozmente y luego sus brazos más largos cayeron sobre los guardianes, hundiendo las afiladas garras en las carnes de los dos desdichados.

Luego pasaron por encima de los restos humanos y continuaron avanzando.

Lentamente se les fueron uniendo más seres, nutriendo la terrorífica columna.

7

Ante las llamadas de alarma procedentes de Ulma fue Alice la que descendió de la *Silente*. Lo hizo en un crucero ligero y con una compañía de soldados bajo el mando directo de la capitana LeLoux.

Adan tuvo que quedarse en la Unex a regañadientes. Adosado a la enorme nave esférica estaba un carguero, recién llegado para trasladar los prisioneros a una base del Orden.

El crucero descendió a poca distancia de la fortaleza, que se hallaba rodeada de carros blindados y camiones repletos de guerrilleros.

Amanecía en el valle y los veteranos soldados de Joe Jeffrey mostraban en sus rostros miedo, perplejidad e ira.

Joe acudió corriendo al encuentro de Alice. Estaba demudado y contó atropelladamente lo sucedido, para terminar diciendo:

—Han matado a casi todos los hombres y mujeres que formaban la guardia. ¡Ha sido horrible, comandante Cooper! Una carnicería. Los que han conseguido escapar cuentan cosas terribles. Esos seres monstruosos se han ensañado en los cuerpos de los desdichados que han matado.

—¿Dónde están Melvin y el doctor Goldstein?

—Creo que Melvin fue el primero en morir. En cuanto al doctor Goldstein… No lo sé. Quizá viva. Acudió a la fortaleza tan pronto como tuvo noticias de lo que estaba sucediendo. Es posible que esté entre el grupo de acorralados en los sótanos.

—¿Es que queda dentro más gente?

—Sí. Unos veinte hombres y mujeres. No pudieron alcanzar la salida y bajaron al sótano central. Allí se encerraron. Un fugitivo cuenta que vio cómo al huir arrastraban al doctor Goldstein, que se resistía a seguirles.

Alice saltó sobre unas rocas y desde allí observo la tétrica fortaleza. A dos centenares de metros estaban apostados unos

proyectores láseres manejados por antiguos guerrilleros. Más atrás había cientos de ellos, refugiados tras camiones y carros blindados.

—¿Realmente esos monstruos surgieron de los bulbos? —preguntó Alice a Joe.

—Al parecer, sí.

—¿Por qué no me informó el doctor, tal como le exigí? —se lamentó la mujer.

Llamó a LeLoux y, mientras ésta se acercaba, miró por encima de los hombros de la capitana la compañía de asalto formada con sus armaduras de combate y armas.

—LeLoux, lo que pueda haber ahí dentro es, sin duda, peligroso. Pero una veintena de hombres y mujeres están acorralados en el sótano central. Tal vez Goldstein esté con ellos. Tenemos que liberarlos, ¿comprende?

—Perfectamente, comandante. Pero…

—Diga, capitán.

—Nuestras leyes son estrictas en cuanto a razas alienígenas, señora. No podemos combatirlas sin conocer las motivaciones que…

—¡Capitán! —estalló Alice—. Más de veinte personas están en peligro. Lamentablemente el único que conoce algo respecto a esos seres es el doctor Goldstein y precisamos su concurso para que nos explique qué demonios pasa, aunque para eso tengamos que abatir a todos los monstruos de brillante piel roja. ¿Ha entendido?

LeLoux deglutió y asintió.

Alice exigió una armadura y cuando la tuvo puesta, dijo:

—Deje diez soldados como apoyo de los hombres de Joe. Que ningún ser salga vivo de la fortaleza, a menos que lo haga en actitud pacífica. —Inmediatamente se preguntó si aquello sería posible—. Los demás entraremos y sacaremos de los sótanos a los acorralados.

A LeLoux le habría gustado que la comandante no fuese con ella. Creía que era misión suya ponerse al frente de las tropas de asalto. Pero aquel momento no era el más adecuado para discutir y la siguió en silencio.

Cuando se acercaron a la entrada, Joe las alcanzó y pidió entrar también. Alice le respondió impaciente:

—No, de ninguna manera. Quiero que usted se quede aquí. Veo a sus tropas muy nerviosas. Debe mantenerlas disciplinadas.

Joe se quedó rezagado y entonces Alice escuchó el aviso dentro de su casco. Era una comunicación desde la *Silente*. Antes de que surgiese la voz de Adan ya sabía que se trataba de él.

—¡Cariño! ¿Qué te propones? Me han informado del jaleo que hay en la fortaleza. ¿Es que vas a meterte dentro? Vamos, preciosa. Ten un poco de calma y espérame.

—No hay tiempo —replicó Alice—. Tardarías demasiado tiempo en llegar aquí. ¿Qué haces ahora?

—Oh, vigilar el embarque de los prisioneros al carguero. Apenas termine me reuniré contigo.

Ella sonrió y dijo en voz baja:

—Te espero.

Pero no le dijo si fuera o dentro de la fortaleza. Cortó la comunicación e hizo señas a la capitana para que la siguiera al interior. Luego la siguieron los cincuenta soldados.

Uno de los soldados, que no se apartaba de LeLoux, llevaba una pantalla que mostraba de forma simplificada los planos del interior de la fortaleza. Un trazo verde les señalaba el camino que debían seguir para alcanzar los sótanos.

Dentro de la fortaleza todo era desorden. Vieron dos cadáveres horriblemente despedazados. Alice intentó dominar su ira.

Al doblar una esquina vieron al primer ser. Pero los soldados del Orden no llevaban armas de calor como los guardianes. Sus láseres estallaron y los haces de luz mostraron su eficacia.

El ser rodó por el suelo, donde quedó inmóvil.

Alice lo observó un instante. Nunca había visto nada igual. Lo golpeó con el pie y fue como si hubiera tocado una armadura. La brillante piel mostraba una dureza increíble. Como si fuera acero.

—Adelante —dijo.

El camino hasta los sótanos se hizo por momentos más lento y peligroso. LeLoux separó un grupo de soldados para que cubrieran la retaguardia. Habían matado más de una docena de seres. No sabían cuántos eran. Alice recordó que en la cámara había muchísimos bulbos. ¿Un centenar o dos? Si era cierto que de forma velocísima cada bulbo se había convertido en un monstruo de acerada piel roja, no iba a ser un paseo llegar hasta el sótano central.

Los siguientes monstruos que encontraron mostraron una

ferocidad increíble. Aparecieron de pronto y el flanco derecho de la columna fue sorprendido. Cayeron algunos soldados y les costó mucho acabar con los atacantes.

Uno de los seres murió mientras devoraba un miembro de un soldado después de romperle la armadura de la pierna derecha. Ante semejante visión, Alice recordó que las crías suelen mostrar un apetito inusitado. Aquellos seres habían llegado a cierto desarrollo en un tiempo increíblemente corto y tenían hambre.

El acceso al sótano estaba plagado de monstruos. Sus patas y brazos se agitaban como un ensangrentado mar alrededor de la puerta de acero, sobre la que golpeaban furiosamente, como presintiendo que al otro lado les esperaba el goce de la matanza y un posible posterior banquete.

LeLoux desplegó sus soldados y ordenó que abriesen fuego nutrido e ininterrumpido. Consiguieron alejar a los monstruos, que terminaron huyendo, dejando detrás un reguero de muertos.

Dentro del sótano estaban los hombres y mujeres, muertos de miedo. Cuando entre ellos apareció el doctor, Alice respiró aliviada. Goldstein la reconoció por los distintivos de su armadura y fue hasta ella.

Lo que dijo dejó estupefacta a Alice:

—Comandante, le ruego que suspenda la matanza de esos seres. Son absolutamente inocentes.

Por toda respuesta, Alice respondió:

—Capitán LeLoux, quiero que cuando salgamos de aquí no quede un solo ser vivo.

Luego, al doctor, le espetó.

—Le llevaré fuera y me explicará muchas cosas, doctor.

Apenas Adan subió al vehículo donde Alice interrogaba al doctor, le preguntó por el embarque de los prisioneros.

—El carguero acaba de partir. —Adan echó un vistazo a los muertos y heridos que sacaban de la fortaleza—. Son demasiadas bajas, ¿no?

—Desgraciadamente, sí. Cinco muertos y doce heridos, pero todos leves —asintió Alice. Sólo se había despojado del casco y sus cabellos rubios estaban alborotados—. Pero hemos aniquilado a todos los seres.

Y miró al doctor, quien sentado en un rincón de la cabina rehuía

ostensiblemente cruzar una mirada con ella.

—¿No hay ninguna duda de que en pocas horas los bulbos se transformaron en esos despiadados seres, doctor? —preguntó Adan.

Goldstein asintió.

—No los llame despiadados, comandante. Piense que han comenzado a vivir rodeados de peligros, al menos aparentes para ellos. Digamos que los bulbos desarrollados tuvieron que enfrentarse a un entorno abrumador. Reaccionaron con cierta lógica.

Alice resopló y dijo, a modo de explicación a Adan:

—Está contrariado porque hemos matado a todos los seres.

—Cuénteme qué son, doctor —dijo Adan, sentándose.

—Los sometí a un frío extremo y eso provocó un rápido desarrollo de los bulbos. Durante dos días y pico crecieron en tamaño y cambiaron de color. Dejé a Melvin para vigilarlos, porque durante las últimas horas el proceso pareció haberse detenido. Pero sin duda, en pocas horas, mientras Melvin dormía, todo se aceleró. De los bulbos del tamaño de un gran balón salieron esos seres de origen mineral, rompiendo la envoltura orgánica. Un frío insuficiente mantiene los bulbos en estado letárgico, pero siendo más intenso provoca lo que podríamos llamar nacimiento.

—¿Cómo es posible que alcancen ese tamaño en pocas horas?

—Ojalá lo sepamos algún día —suspiró el doctor—. Lo cierto es que en dos o tres horas salieron rompiendo los bulbos y se transformaron en seres de casi dos metros de altura, con cuatro patas y cinco brazos, uno de ellos en el estrecho pecho. Respiran oxígeno o lo usan para regenerar su impulso vital. Son unos organismos extraordinarios, comandante.

—Pero peligrosos.

—¡Porque se asustaron!

Alice se pasó la mano por la frente.

—Bien, ya todo pasó. No volveremos a provocar a esos malditos bulbos sometiéndolos a un frío intenso —miró a Goldstein—. Pero usted cometió graves errores al no informarnos detalladamente de la evolución de los bulbos.

—Estaba muy ocupado.

—Esa excusa es débil, doctor.

El hombre miró hacia otro lado y empezó a decir titubeante:

—Bueno, yo quisiera que…

—Termine, *doc*.

—¿Qué vamos a hacer con los demás bulbos que hay en las ruinas? Aún quedan miles allí… Si nos marchamos me gustaría llevarme algunos.

Alice parpadeó y Adan dijo tratando de calmar a la mujer, antes que ésta respondiese agriamente:

—Será de la competencia de las autoridades locales esa cuestión. Ya hemos provocado un grave problema, doctor. Olvide a los bulbos por el momento. Al menos hasta que volvamos a la base. Allí todos tendremos que dar explicaciones por lo sucedido.

—Está bien —gruñó Goldstein—. ¿Qué me ordenan entonces?

—Ayude a estas gentes a limpiar el laboratorio de la fortaleza y luego embarque en el primer transbordador hacia la *Silente*.

—Has sido un poco duro con ese hombre —comentó Joe asomándose a la cabina después que el doctor se hubo alejado hacia la fortaleza.

—Es un magnifico investigador —se lamentó Alice—. Creo que falló porque no disponía de los elementos adecuados.

—No queremos echar la culpa a nadie —se justificó Joe amargamente—. Han muerto varios de los nuestros, pero tal vez haya sido mejor así.

—¿Qué dice?

—Si ustedes se hubieran marchado y luego nosotros hubiésemos encontrado los bulbos es posible que las consecuencias hubieran sido peores llevando en solitario las investigaciones. Quizás en lugar de unas docenas de bulbos hubieran alcanzado la pubertad cientos o miles de ellos —suspiró, preocupado—. ¿Qué podemos hacer con los que están en el subterráneo de las ruinas?

—No tocarlos —recomendó Adan—. Al menos hasta que llegue un equipo completo desde la Tierra y colabore con ustedes.

—Será lo mejor, sí. Ordenaré que nadie se acerque a las ruinas.

Volvieron a la fortaleza y valoraron los daños. Luego presenciaron cómo los muertos eran trasladados a la ciudad y los que pertenecían a la *Silente* embarcados en un transbordador.

Al atardecer, cuando Adan y Alice estaban a punto de regresar a la Unex, se recibió un mensaje urgente del capitán Kelemen.

—Señores, lamento tener que informar que el carguero con los

prisioneros mercenarios y el general Kholt ha desaparecido cuando estaba a diez minutos de entrar en el hiperespacio. En aquellos momentos se encontraba a mil millones de kilómetros de Kalgalla.

8

Creyendo vivir una pesadilla, el general Kholt fue introducido en una habitación. Allí recibió la mayor sorpresa de su vida al encontrarse frente a frente con Smarglo.

—Supongo que no he muerto y estoy en el infierno —exclamó Kholt—. Porque sin duda, si existe, será allí donde deberías estar, maldito granuja.

Smarglo ofreció un sillón a su amigo y él se sentó al otro lado de una pequeña mesa. Allí había agua y unas galletas de carbohidratos. Era lo único asimilable para un humano que había conseguido de los halkos.

—Tranquilízate —dijo llenando un vaso de agua, que el otro bebió con ansia—. ¿Qué te han parecido mis nuevos aliados?

—¿Cómo pueden ser aliados tuyos esos monstruos parecidos a enormes arañas rojas?

Smarglo le explicó cómo había llegado allí y todo lo demás.

—¿Entonces sigues condenado a muerte por esos halkos por haber arrojado al espacio a sus bulbos? —preguntó Kholt.

—Te he dicho que somos aliados. Ellos necesitan de mí para combatir con ciertas probabilidades de éxito al Orden y los malditos guerrilleros de Jeffrey. Los halkos desean recuperar su viejo mundo y revivir los miles de bulbos que deben existir allí.

Kholt asintió.

—Tengo entendido que encontraron en unas ruinas algunos y se llevaron varios a los laboratorios de la fortaleza. Al menos eso era lo que contaban nuestros guardianes.

—Sé dónde están esas ruinas. Hace años yo requisé lo que unos investigadores encontraron allí. Había unos bulbos que por error me llevé en la nave, creyendo que eran gemas. Fue tal mi furor que los arrojé al espacio. ¡Y esos malditos bichos tardaron mucho en morir! El frío es su fuente de vida, pero demasiado les provoca la muerte.

Los gritos de agonía de los bulbos alertaron a los halkos, que andaban por ahí despistados, sin ser capaces de encontrar el camino de vuelta a Kalgalla.

Kholt sintió la garganta seca y bebió otro trago. Habría preferido algún licor, pero el agua resultaba incluso adecuada para recuperarse un poco del susto que se había llevado cuando el carguero donde era trasladado junto con algunos prisioneros fue capturado por la misteriosa nave con apariencia arácnida.

—¿Cómo es posible que nos encontrasen esos halkos? —preguntó—. Incluso parecían saber que nuestros guardianes debían de ser sus prisioneros al liberarnos a nosotros.

—Les pedí que hicieran eso cuando descubrimos desde aquí que un carguero se alejaba de la Unex. Supuse que tú irías a bordo y lógicamente quería salvarte porque te necesito.

—Oh, muy amable —dijo Kholt secamente.

—Vamos, no seas ingenuo. Ambos nos necesitamos.

—¿Cómo? ¿Qué planes tienes para Kalgalla? Puedo ser un desalmado mercenario, Smarglo, pero me repugna la idea de aliarme con unos monstruos para combatir humanos, aunque sean del Orden Estelar.

—Te estás ablandando, Kholt —rió Smarglo—. ¿No dice el Orden que cada planeta tiene su dueño y sólo tienen que demostrarlo? Pues bien. Los halkos son los dueños de Kalgalla y tienen evidencias que no podrán rechazar.

—Pero el planeta se calentó demasiado para ellos, ¿no? Se conformarán con recoger los bulbos y marcharse en busca de otro.

—¡No! Esos monstruos desconocen cómo producir frío artificial. Aunque resulte increíble es así. Será sencillo enfriar el subterráneo para que en pocas horas se desarrollen miles de esas criaturas. Una vez que el halko alcanza la madurez puede soportar una temperatura cálida para ellos, los cinco o diez grados sobre cero habituales actualmente en Kalgalla, durante años. Tal vez cinco años. Entonces tendrán tiempo de habilitar domos herméticos y construir allí ciudades con temperaturas polares. Eso les daría tiempo para lanzar una capa de argón a la estratosfera y obtener el enfriamiento total y permanente de todo el planeta.

—Eso supondría la emigración de los humanos…

—¿Qué nos importa a nosotros? ¿Es que nunca pensaste

vengarte por la derrota que nos infligieron? Kholt, mi pacto con los halkos es que a cambio de ayudarles a recuperar su mundo y vencer a los humanos, que para ellos son unos usurpadores, ellos me permitirán recoger todas las riquezas que tuve que abandonar. Son toneladas de metales y gemas, con las que podríamos comprar incluso un planeta entero, un mundo fértil y paradisíaco.

Kholt le miró con desconfianza y Smarglo, ofendido, le preguntó:

—¿Desconfías de mí?

—No. Con tantas riquezas te puedes permitir el lujo de ser honrado y matarme por la espalda. Pero ¿puedes fiarte de unos monstruos como los halkos?

Smarglo se levantó y pulsó un botón de los varios que había en la pared junto a la puerta.

Inmediatamente apareció un halko. Kholt se estremeció ante la inquietante presencia del monstruo y Smarglo se preguntó si aquel alienígena era el mismo que normalmente charlaba con él o se trataba de otro. Aún no era capaz de distinguirlos.

—Halko, mi amigo está dispuesto a ayudarnos. Pero quiere saber por ti mismo que respetaréis las condiciones del pacto. —Sonrió nerviosamente, molesto por tocar el tema—. Cuando le dije que vosotros me habíais sentenciado a muerte piensa que aún no he obtenido vuestro perdón.

El halko miró a los humanos un instante. Luego dijo roncamente:

—Los halkos nunca rompemos nuestras promesas. Humano Smarglo, te hemos prometido que todas las riquezas que desees de nuestro mundo, llamado Kalgalla por vosotros, serán tuyas. Incluso te entregaremos las naves humanas que precises para que embarques las riquezas.

Kholt arrugó el ceño.

—Un momento —dijo—. Tú, halko, te diriges a Smarglo, pero no garantizas nada a mí ni a mis hombres, que habéis liberado.

El alienígena giró la cabeza y posó sus diminutos ojos en el general.

—Tú, humano llamado Kholt, podrás embarcar en las naves cargadas con las riquezas y con tus hombres podrás marcharte de Kalgalla, para no volver nunca más.

—¿Te convences? —sonrió Smarglo—. Son seres sencillos, que seguramente no saben cómo puede ser una mentira. Nuestro trabajo será fácil. Cuando lleguemos a las ruinas les explicaremos cómo pueden producir frío controlado. Ni siquiera habrá necesidad de mucha lucha para que los del Orden se convenzan de que Kalgalla no pertenece a los humanos. Apenas aparezcan miles de halkos se largarán a toda velocidad, llevándose a los colonos y a su jefe Jeffrey.

—Tú me necesitas porque no tienes ni idea en realidad de cómo producir frio —río Kholt—. Pero de eso puedo encargarme yo y varios de los hombres que me acompañan. Está bien, Smarglo. Tú ganas. Colaboraré. Y espero que no tenga que arrepentirme.

—¡Seguro que no!

Como si el halko hubiese comprendido que su presencia allí no era necesaria, se retiró en silencio.

—Por cierto —dijo Kholt—. ¿Qué será de los guardianes y tripulantes del carguero del Orden?

Smarglo se encogió de hombros.

—Qué los halkos los tiren al espacio. Allá ellos.

—¡No! Nada de eso. Los conservaremos vivos. Pueden servirnos como rehenes o para ayudarnos a conducir las naves que capturemos o el mismo carguero.

—De acuerdo. Se hará como desees. Ahora vamos a ponernos a trabajar. Tenemos que ir pronto a Kalgalla y empezarlo todo.

La desaparición del carguero que transportaba a la base del Orden más próxima parte de los prisioneros fue un fuerte golpe para los dos comandantes de la Unex. Kelemen dio todos los datos de que disponía. El capitán estaba confundido y con grandes ojeras. Llevaba muchas jornadas sin dormir.

—Como es norma, seguimos su rastro. Nos avisaron que entrarían en el hiperespacio en diez minutos y entonces cesó el contacto.

—¿No pudo entrar en el hiperespacio antes de lo previsto? —preguntó Joe, que aquel día estaba de visita en la Unex.

Kelemen le miró como si nunca hubiese escuchado una pregunta tan estúpida. Pero se dijo que Jeffrey nunca había salido al espacio y contestó cortésmente:

—No. Es imposible, señor Jeffrey. El carguero desapareció. Para

cesar tan bruscamente un contacto establecido es preciso que uno de los puntos explote o… deje de existir por cualquier causa desconocida.

—¿Es que no piensan enviar cruceros en su busca? —preguntó extrañado.

—Sería perder el tiempo —replicó Alice—. Sin indicios o emisiones que nos lleven hasta el carguero es imposible encontrarlo. Ni siquiera nuestros detectores tendrían posibilidad alguna.

—Sólo nos resta estar a la escucha —intervino Adan—. Si es que sus emisores han sufrido una avería y pueden repararla sabremos dónde hallarlo en el caso de que su impulsión no funcione. Aún tenemos que permanecer aquí varios días, hasta que lleguen las ayudas definitivas.

—Creí que en ese carguero llegarían —dijo Joe.

—No. El Alto Mando lo envió porque se encontraba cerca de aquí. De la base han partido varias unidades, que son las que esperamos.

Estaban en el comedor comunal, con sendas tazas vacías de café. Había pocos oficiales y navegantes allí y la presencia del doctor Goldstein llamó la atención a Alice. Adan y Joe seguían conversando y no se dieron cuenta de nada. Pero ella notó que el doctor, al verles, se apresuró en desaparecer.

—Disculpadme —pidió Alice levantándose.

Joe siguió explicando a Adan los proyectos que tenía su gobierno para el futuro. Los dos millones de colonos tenían que ser organizados cuanto antes y con los medios más idóneos. Adan le escuchaba, pero sintió deseos de preguntar a Alice qué le sucedía para abandonarlos tan súbitamente.

La mujer siguió los pasos de Goldstein, procurando mantenerse a distancia suficiente para no ser descubierta.

Vio que varias veces el doctor volvía la cabeza, como si temiera ser descubierto.

Goldstein bajó dos niveles y se dejó llevar por las cintas deslizantes de alta velocidad hacia el interior de la Unex. Alice pensó que parecía venir del módulo de comunicaciones y se dirigía ahora a los laboratorios de la *Silente*.

Al doblar una esquina no vio al doctor. Frunció el ceño, preguntándose si no se estaba comportándose como una niña y el

doctor se había retirado a su camarote simplemente, el cual estaba próximo.

Se encogió de hombros y se dispuso a regresar. El laboratorio no estaba en uso en aquel período de tiempo y además apenas era frecuentado desde que se venció al tirano Smarglo.

Alice pasó de una cinta a otra y cuando estaba a punto de desaparecer por una curva vio que el piloto del laboratorio estaba encendido.

Cuando volvió el piloto no brillaba, pero se dirigió hacia el laboratorio resueltamente.

Anduvo de puntillas y luego más tranquilamente cuando caminó por la gruesa moqueta.

En la tercera sala de investigación, la de mayor seguridad, había luz. Atisbó por la puerta y vio al doctor de espaldas. Parecía enfrascado en algún trabajo muy importante. Ni siquiera oyó el ruido que hizo Alice al rozar un mueble.

Alice miró por encima del hombro del doctor y sintió que las mejillas le ardían de enfado.

—Ha desobedecido usted las órdenes, doctor —dijo, observando con fijeza el gran bulbo encerrado en una campana de energía.

El desolado doctor se volvió despacio hacia ella y, cuando sus ojos se encontraron con los de la comandante, los bajó.

Los halkos poseían un extraño grado de civilización. Habían avanzado en muchos campos, pero en otros estaban sorprendentemente atrasados. Si sus investigaciones en modificación planetaria apenas existían, en cambio su nave poseía singulares características. Por ejemplo, hicieron descender la enorme mole espacial a poca distancia de las ruinas después de entrar en la atmósfera, evitando ser detectados por la *Silente* en órbita.

El tiempo que habían necesitado para llegar hasta el planeta lo utilizó Kholt para reunir el material preciso con el que trabajar en el lugar donde se hallaban los bulbos.

—Según los datos que me proporcionó el tipo que encontró el lugar, los bulbos están bajo la superficie, en una vieja sala que los sedimentos ocultaron. En el centro de las ruinas existe una explanada circular. Nos será fácil llegar allí.

—¿Y si hay guardias allí? Cuando nos acercábamos captamos las

conversaciones entre Alice Cooper y Kelemen, comentando lo ocurrido en la fortaleza. Al parecer, Jeffrey envió guardias a las ruinas.

—Ese doctor del Orden fue un cretino al no controlar el aumento del frío a que sometió a los bulbos —Smarglo sonrió—. Además, cuando digamos a los halkos que los humanos de Kalgalla han matado a docenas de los suyos, su furia será terrible. Pero no les diremos nada por el momento. Será una baza a jugar si las cosas no se desarrollan como deseo.

Kholt se preguntó si dentro de la mente retorcida de Smarglo no había algo más que el deseo de recuperar sus riquezas. ¿Acaso el antiguo tirano pretendía asolar las ciudades y los pueblos que tiempo atrás gobernó?

—Y en cuanto a los posibles guardianes, será sencillo —siguió diciendo Smarglo—. Diré a un halko que ellos pueden matarlos. ¿Sabías que esos seres son increíblemente silenciosos y se mueven en la absoluta oscuridad como si fuera de día?

—¿Por qué enviar a unos halkos? Ese trabajo será de mis especialistas, Smarglo. Por muy hábiles que sean los halkos llevan mucho tiempo sin pisar suelo firme.

Cuando averiguaron que cerca de las ruinas había un solo vehículo con cuatro soldados de Jeffrey, Smarglo accedió a que Kholt se encargase de quitarlos de en medio.

Kholt regresó con los cuatro guardias vivos y aquello no agradó a Smarglo.

—¿Es que no tenemos ya suficientes prisioneros para manejar media docena de naves? ¿Para qué queremos más rehenes?

Kholt replicó, mientras sostenía con desafiante expresión la mirada de Smarglo:

—Por el momento no deseo más muertes. Me desagrada demostrar a esos monstruos que los humanos somos capaces de matarnos entre nosotros.

—¿Te estás volviendo sensiblero, Kholt? —preguntó el tirano irónico—. Me resultas desconocido. ¿Qué ha sido del hombre que me ayudó a someter a los malditos kalgallanos?

—Nada, soy el mismo. Se hará como he dicho. Y recuerda que sin mí no podrás hacer gran cosa para que los bulbos halkos se conviertan en esas horribles cosas.

—Está bien. Haz como dices. Pero si por tu empeño de proteger a los rehenes algo sale mal…

—Conozco bien mi trabajo. Tú ocúpate de tener contentos a tus monstruitos.

Kholt salió airado de la habitación y fue seguido por la mirada preocupada de Smarglo.

—Puedo explicárselo todo, comandante —murmuró el doctor Goldstein, cuando hubo aspirado profundamente el aire que sus pulmones reclamaban.

—Eso espero. Le advierto que no tendré más remedio que emitir un informe de su proceder y que puedo usar en su contra lo que me diga ahora. Está en su derecho a esperar encontrarse ante un tribunal disciplinario.

Alice frunció el ceño. Odiaba todo aquello, pero como comandante de la Unex no podía proceder de otra forma.

El doctor acarició la envoltura de energía alrededor del bulbo.

—Había un bulbo aislado del frío en la fortaleza. Cuando lo vi no dudé en subirlo a esta nave secretamente. Sí, sé que obré mal; pero no pude resistirme. Las ordenanzas me prohíben introducir un elemento desconocido en la Unex, pero es aquí donde dispongo de material para llevar a cabo una investigación adecuada.

Se volvió y dijo desafiando la mirada serena de Alice:

—Comandante, he tomado todas las precauciones. El bulbo está creciendo de forma controlada dentro de la campana de energía, en donde el frío es introducido lentamente, según un esquema que he trazado previamente. Lo he dispuesto todo. En el caso de que algo vaya mal se producirá una implosión en el interior de la campana.

—¿Qué cosa puede ir mal, doctor?

—La campana crecerá a medida que el bulbo lo haga. Y cuando surja el ser se adaptará a su tamaño. Quiero estudiarlo, comandante. Puedo descubrir a qué temperatura su organismo falla. Aunque el frío sea su elemento es impensable que resista las más bajas temperaturas.

—Son peligrosos.

—Lo sé. O tal vez fueron peligrosos porque no supimos provocar un nacimiento indoloro. El proceso que llevamos a cabo en la fortaleza fue acelerado. ¡Impropio de un investigador! Esos seres pueden ser casi invencibles una vez que alcancen cierta madurez. Si

en realidad son hostiles por naturaleza, como una araña captura moscas para comerlas sin el menor odio hacia ellas, debemos conocer el medio de anularlos rápidamente.

—Tenemos armas.

—Pueden ser inmunes. Recuerde que son seres minerales. Un impacto de láser en un cuerpo adulto puede resultar inofensivo. Y no me diga que existen otras armas, porque tal vez, cuando las tengamos, ya sea demasiado tarde para usarlas.

—La tropa de LeLoux acabó con todos ellos sin dificultades.

—Repito que eran recién nacidos. Esos seres quizá tengan recuerdos adquiridos genéticamente que les pueden revelar todo su potencial transcurrido cierto tiempo. Entonces conocerán su poder y sabrán utilizarlo.

Alice miró el bulbo. Parecía crecer ante sus ojos. Dijo:

—De acuerdo, doctor. Siga con sus experimentos. Pero esta vez debe tenerme informada de todo cuanto ocurra. ¿Lo entiende?

Goldstein casi dio un respingo al oír aquello. No esperaba tal cosa.

Enarcando una ceja preguntó:

—¿O al comandante Villagran?

—No. Sólo a mí. No lo olvide.

9

Los mercenarios y los rehenes del carguero, bajo la dirección de Kholt, trabajaron duramente en aquellos tres días.

Cuando todo estuvo listo y el frío comenzó a inundar aún más las grandes salas subterráneas donde estaban los miles de bulbos, el general, sudoroso y lleno de grasa, echó un vistazo al rudimentario pero eficaz equipo que funcionaba a pocos metros de él.

Cuando el frío comenzó a resultar insoportable, incluso para las gruesas ropas de abrigo, salió al exterior. Atrás dejo varios halkos, quienes estoicamente esperaban la evolución del proceso.

Sus ayudantes, cansados, le siguieron. Fuera estaba Smarglo, dando saltitos ridículos para entrar en calor. El exterior estaba a cero grados, pero desde la gran boca que conducía a los subterráneos se elevaba una cortina gélida.

—¿Todo bien? —preguntó el antiguo tirano de Kalgalla.

Kholt asintió. Habría dado una buena parte de la prometida fortuna por un buen trago de licor. Aquellos tipos del Orden no llevaban en el carguero ni una gota de aguardiente.

—No sé si estamos provocando algo terrible, Smarglo.

—¿Por qué dices eso? Todo está controlado…

—Tú no has visto cómo yo a esos seres de ahí abajo.

—¿Qué les ocurre?

—¡Deberías verlos con tus propios ojos, maldito seas! Están ahí abajo, postrados con sus horribles patas, moviendo esos cinco brazos repugnantes y emitiendo sonidos que con poca fantasía puede uno suponer que son cánticos de alabanza, de resurrección y gloria para una raza de demonios.

—Kholt, amigo mío —sonrió Smarglo—. Estás delirando. No hay nada sobrenatural en los halkos. Quizás estén contentos porque su raza volverá a florecer. Reconstruirán su civilización y…

—¿Qué sabemos de ellos? —Kholt meneó la cabeza—. Esa

enorme nave que se esconde tras los montes salió de este planeta hace miles de años y por alguna razón ignota no consiguieron hallar una nueva patria. ¡Pero los halkos que quedaron hicieron lo posible para preservar su raza, escondiendo miles de bulbos en la zona más fría del planeta! Ahora los pocos que quedan están alborozados porque volverán a formar un pueblo. ¿Pero qué clase de pueblo, Smarglo? ¿Pacífico? ¿Un pueblo guerrero?

—Eso no lo sabremos nunca. ¿Y qué nos importa? Cuando el Orden descubra lo que está pasando será tarde. Ni siquiera los nativos podrán hacer nada. El Orden Estelar tendrá que ordenarles que se marchen, que dejen el planeta a sus verdaderos dueños, que han vuelto después de tanto tiempo. Y si los halkos son belicosos será tarde cuando los del Orden lo sepan. Entonces puede ocurrir que vengan en sus naves de guerra y destruyan este planeta que para ese tiempo será un hervidero de halkos. ¿Y qué? Bah. Nosotros estaremos lejos y dueños de un planeta, el que más nos guste comprar.

—¿Tan seguro estás de que nos dejarán ir?

—¡Claro que sí! Escucha, Kholt. Esos seres poseen poderosas mentes. Aunque hablen nuestra lengua entre ellos se comunican con telepatía. ¡Yo he sentido su fuerza, la fuerza de unos nonatos! Imagínate cómo será la de los adultos. Pero ellos ignoran ese poder, capaz de aplastar a todos los humanos de Kalgalla. Y por culpa de ese poder no saben mentir, ¿comprendes? En cierto modo son seres rudimentarios. Seguro que suponen que yo también leo sus mentes, porque nos sobrevaloran. Así, es imposible que sean capaces de decir algo que incumplan.

Kholt se estremeció de frío. Dijo:

—Volvamos a esa condenada nave. Me estoy helando.

Cuando dos días más tarde el Gobierno provisional de Kalgalla envió un vehículo a relevar a los hombres que durante una semana habían montado guardia en las ruinas se descubrió lo que sucedía.

Aquellos guardias pudieron escapar a tiempo, dando media vuelta e internándose en los helados bosques antes de ser descubiertos.

Apenas se alejaron unos kilómetros usaron el comunicador y notificaron a Joe Jeffrey que una gigantesca nave negra, con extrañas patas que la sustentaban como si se tratase de un monstruo

arácnido, estaba medio oculta detrás de unos montes cercanos a las ruinas, en las que no habían visto rastro alguno de los hombres a los que tenían que relevar.

Joe pasó aviso inmediato a la *Silente*, ordenó la alarma y reunió a sus tropas, que de nuevo abandonaron sus trabajos para empuñar las armas.

Tan pronto como Alice supo lo que sucedía en el planeta corrió al laboratorio, cerró la puerta tras ella y pidió explicaciones a Goldstein con la mirada.

—Tengo poco tiempo —dijo acercándose a la ya enorme campana de energía—. Villagran me llamará de un momento a otro para bajar a Ulma.

—¿Desea saber cómo vencer a este monstruo? —preguntó el doctor con una vaga sonrisa bailándole en los labios.

Alice contuvo el aliento cuando echó un largo vistazo al ser que se movía lentamente dentro de la campana. Era de casi dos metros de largo. Había alcanzado semejante tamaño en escasos días, bajo la mirada controladora del doctor. Nadie había entrado allí ni tampoco nadie tenía el más mínimo conocimiento de los experimentos del doctor Goldstein.

El ser agitó sus cuatro brazos y las puntas de sus garras sacaron chispas de la barrera energética. Era como si quisiera agarrar con ellas al hombre que, estando tan próximo a él, le resultaba inalcanzable.

—He ajustado el frío de la campana para que el alienígena alcance la madurez en dos días más —explicó el doctor—. Ahora está más allá de la pubertad si es que estos seres poseen sexo, lo que aún ignoro. Yo diría que procrean por medio de partenogénesis. Algo muy rudimentario, pero eficaz en cierto modo, como por ejemplo para preservar una raza. Claro que estoy dispuesto a creer que sólo durante un corto período de tiempo podrían expulsar esos bulbos. Luego se hacen estériles y permanecen así el mayor número de años, hasta que mueren. Supongo que deben vivir largos años. Tal vez dos o tres siglos…

—¿Cómo pueden ser aniquilados rápidamente? —le interrumpió Alice.

—Comandante —exclamo Goldstein poniendo cada de asombro —, ¿cómo puede preguntarme usted eso, un miembro del Orden,

respecto de unos seres que aún no han dado prueba alguna de peligrosidad?

—En las ruinas donde encontramos los bulbos ha descendido una nave extraña. Allí la temperatura ha descendido hasta los límites óptimos para que nazcan miles de seres como ése en cuestión de días. Tal vez estén rompiendo ya los bulbos en estos momentos, porque no sabemos exactamente si llegaron hace un día o siete. Los guardias que estaban allí han desaparecido y los que tenían que relevarlos al cabo de una semana han visto a Smarglo, Kholt y varios mercenarios más por las inmediaciones de la gran plaza, acompañados por especímenes adultos como ese que tiene usted ahí.

—Es increíble…

—Es cierto. Esa nave está tripulada por seres como el que crece en la cámara de energía, doctor. Y tienen a Smarglo y los demás como aliados. ¿Con qué fin? Imposible saberlo, pero esa alianza nos induce a pensar que las consecuencias de este proceso pueden traer un final trágico. Quiero saber qué puntos débiles ha descubierto en ese bicho, doctor.

Goldstein asintió pesadamente.

—Comprendo, comandante.

—Hable entonces.

—He notado que estos seres son débiles ante las microondas.

—Es muy vulgar, ¿está seguro?

—Sí. En ciertos momentos lo sometí a ellas y el proceso de crecimiento no sólo se detuvo, sino que casi muere.

—Vendrá con nosotros a Kalgalla, doctor.

Goldstein señaló la criatura que se movía en la campana.

—Déjele ahí. ¿Tiene algún sistema de seguridad que se pueda manejar por control remoto?

—Sí. Dentro de la campana hay un emisor de microondas —mostró un pequeño aparato que cabía en la palma de su mano—. Puedo activarlo desde cualquier distancia y el ser morirá en segundos.

—Conseguiremos emisores similares.

—¿Qué planes tiene?

—Jeffrey está movilizando todas las fuerzas de Kalgalla. Nosotros desembarcaremos en cuanto podamos y rodearemos las

ruinas.

—¿Y luego?

Alice se encogió de hombros.

—Todo depende de lo que suceda.

Smarglo aprendió a distinguir a los halkos adultos, que eran pocos, de los numerosos jóvenes que iban surgiendo lentamente del interior del subterráneo.

Cuando el halko adulto, de tono más oscuro en su metálica piel roja, se le acercó, estaba seguro que se trataba del que por primera vez se había dirigido a él en su lengua.

—Amigo halko, como ves he cumplido con mi palabra. Tus retoños han vivido. Las máquinas que el humano Kholt te construyó funcionan a la perfección y ya sabéis cómo mantenerlas en funcionamiento y también cómo fabricar más cuando lo deseéis. Ahora espero que tú, vosotros, cumpláis vuestra parte del trato.

El halko cimbreó sus largos brazos. Parecía sentirse aquel ser un poco molesto en el aire libre.

—Se hará cuanto se ha dicho. Queremos que los humanos abandonéis el planeta cuanto antes. Éste es nuestro mundo.

—Cierto, cierto. Pero recuerda que otros humanos tal vez no admitan vuestro derecho.

El halko miró hacia atrás, donde se concentraban cientos de recién nacidos. Smarglo se sintió turbado ante el poder mental, incontrolado, de tantos seres.

—Serán expulsados si no se marchan por su voluntad.

—Es que… Bueno, hasta que ellos se marchen yo no podré acceder a las riquezas que me habéis prometido. Y si se marchan se las llevaran con ellos.

—¿Qué es lo que quieres decir? Vuestra mente es indescifrable para mí. Sus emanaciones me aturden. Sois una raza extraña y rudimentaria.

Smarglo disimuló su asco. La presencia constante del halko le revolvía el estómago. No veía el día en que abandonaría el planeta y se alejaría de su visión y poco agradable olor para siempre.

—Que tenéis que combatirlos, hacerles huir, no dejarles marchar pacíficamente. Sólo así dejarán las riquezas que me pertenecen.

—Es difícil entenderte, humano. Tú quieres que matemos a seres como tú por algo que llamas riquezas y sólo son metales y piedras.

—Son mis enemigos, seres perversos. ¿Es que os volvéis atrás ahora, cuando ya tenéis a vuestros hermanos rompiendo bulbos por cientos cada hora?

—Nosotros te hemos dicho lo que haremos y así se hará.

El halko se retiró orgullosamente. Smarglo sabía que no le había mentido, pero algo dentro de él le prevenía contra la situación.

Al regresar al carguero, donde convivían los humanos, la mirada torva de Kholt supuso un recibimiento poco grato para él.

—Habrá lucha —le dijo el general—. Y muchas muertes. Nosotros poco ganaremos a cambio. Si los halkos expulsan a los humanos nos darán las riquezas, pero a un elevado precio. Y si no consiguen vencer a los soldados del Orden y a los guerrilleros de Joe seremos nosotros los que correremos una suerte horrible. Esta vez nadie nos librará de caer en manos de la chusma sedienta de sangre.

Smarglo no le replicó.

Pasó delante del general y de los demás hombres, que le miraron fríamente. El tirano notaba en todas las miradas que tenía pocos adeptos allí.

Docenas de cruceros y deslizadores de tropas del Orden rodearon la colina y las ruinas. Luego llegaron los toscos vehículos kalgallanos y Joe distribuyó a sus antiguos guerrilleros.

—Sabemos que los navegantes del carguero están bien —le dijo antes que nada Alice—. Los hemos visto salir hace poco de la nave extraña. Por cierto, iban con ellos los guardianes que envió para vigilar esto, Joe.

—¿Por qué salían de la nave? —preguntó Joe. Tomó unos prismáticos y observó las ruinas, a unos centenares de metros de su posición, una alta loma donde habían instalado baterías de proyectores láser.

—El general Kholt iba al frente, pero no hemos visto en la columna a Smarglo —añadió Adan.

Joe paseó la mirada y detuvo los binoculares en la gran explanada circular, ahora atestada de seres de intensa piel roja, como una masa de hormigas devoradoras.

—Saben que los hemos rodeado —dijo Alice. Miró a un grupo de guerrilleros kalgallanos, con sus anticuados láser, que tocaban mientras observaban los alienígenas, el nuevo peligro para su

mundo—. Me temo que las armas convencionales harán poco en esos seres, Joe. Ahora están más desarrollados que cuando salieron del laboratorio de la fortaleza.

—¿Está segura de lo que dice? —preguntó Joe, palideciendo—. Si es cierto estamos perdidos. Ni siquiera ustedes podrán salvarnos esta vez, comandante.

—Son muchos…

—Sí. Veo varios miles y dentro del subterráneo deben quedar aún más.

—Es posible. E incluso esa gran nave puede tener armas increíbles, de poder inaudito y sin defensa por nuestra parte. —Alice sonrió tristemente—. Y la ayuda que hemos pedido al Alto Mando tardará mucho en llegar. Afortunadamente los cargueros estarán aquí en unas horas y si es preciso los usaremos para evacuar a la población anciana y a los niños.

—¿Huir de Kalgalla después de lo que hemos luchado por la libertad y librarnos de la tiranía de Smarglo? —rezongó Joe.

—Debemos calcular todas las posibilidades.

—Eh, mirad eso —dijo Adan señalando el grupo de humanos que se alejaba de la masa de seres alienígenas—. Parecen querer parlamentar.

Alice y Adan bajaron la loma y salieron al encuentro de Kholt, que sostenía un palo con un trapo blanco.

—Hola, comandante —sonrió torvamente el general—. De nuevo nos vemos. Creo que siento una morbosa inclinación a ser su prisionero.

—¿Qué desea, Kholt? —preguntó Adan.

—Entregarles a los navegantes del carguero que los halkos capturaron. También los hombres que viajaban conmigo como prisioneros desean seguir siéndolo. ¿Los acepta sin nuevos cargos contra ellos?

—Sí, desde luego. Pero me gustaría que me explicara algo.

—Digamos que no queremos participar en una la lucha contra seres humanos estando de parte de otros que no lo son, ¿es suficiente?

—Por supuesto. Incluso esto será beneficioso para ustedes.

—Estoy cansado y seguro de que Smarglo está loco. Empezó a desvariar cuando perdió su poder y acabó loco en el espacio,

cuando los halkos lo encontraron.

—¿Se llaman halkos esos seres?

—Sí. Algunos hablan nuestra lengua porque la aprendieron de Smarglo. Les traigo un mensaje de ellos. Quieren hablar con el líder de los humanos de Kalgalla, que por cierto es su mundo.

—Suponía que hace mucho tiempo ellos fueron sus habitantes auténticos —asintió Adan. Vio que de la masa de halkos destacaban algunos y supuso que serían los parlamentarios.

Empezó a bajar más, dejando atrás el grupo de mercenarios y navegantes del carguero. Vio a los guardias kalgallanos capturados y les saludó con alegría. Al volverse notó la presencia de Alice, quien corría tras él.

—Deberías quedarte —gruñó Adan.

—No te dejaría solo por nada del mundo, cariño.

El hombre se resignó, pensando que sería contraproducente una pelea casi familiar con Alice en presencia de los halkos.

Sonrió sin que ella le viese y continuó caminando, sin dejar de observar las altas y terribles figuras que tenía enfrente.

A tres metros se detuvo y esperó con los brazos caídos, deseando que los halkos no se molestasen porque tanto él como Alice llevaban sus armas reglamentarias.

Detrás del grupo de cinco halkos estaba Smarglo. Pero su rostro estaba tan escondido tras el gorro de piel que apenas pudo adivinar su expresión.

—Me aseguran que sabéis hablar mi lengua —dijo Adan.

El halko más adelanto dijo con su gutural voz:

—Hablamos tu lengua, humano. El humano Smarglo dice que tú puedes hablar en nombre de todos los demás invasores.

—Tengo cierta autoridad, pero no la suficiente para pactar contigo y tu raza.

—Sólo tengo que decirte que exigimos vuestra marcha inmediata de Halko, nuestro mundo.

—Eso es imposible.

—Vosotros sois invasores. Éste ha sido el planeta de nuestros antepasados y queremos que lo sea de nuestros descendientes.

—¿Vuestros descendientes son los seres que salen del suelo?

—Sí. Y serán muchos miles más cuando el proceso termine. Si no os marcháis abandonando las riquezas os mataremos a todos.

—¿A qué riquezas te refieres?

El halko señaló a Smarglo.

—Las que pertenecen a ese humano, nuestro aliado según él. Le hemos prometido que las riquezas serán para él. Pero vosotros debéis marcharos antes.

—Ese humano está perseguido por la ley de mi pueblo —intervino Alice.

—No me importan tus leyes, humano —le contestó el halko.

Por su respuesta Alice pensó que el halko no podía distinguir los sexos de la raza humana. Aquello confirmaba que cada individuo halko poseía los dos. Recordó a Goldstein, apostado allá en la colina, al lado de los aparatos traídos del laboratorio.

De pronto, con movimientos nerviosos, Smarglo salió de detrás del grupo y gritó:

—¡Recuerden sus gallardas consignas, oficiales del Orden Estelar! Ustedes me combatieron porque alegaban que la mayoría de los habitantes de Kalgalla estaban en mi contra. ¿Qué tienen ahora que decir, cuando los verdaderos dueños de este sucio mundo están ante ustedes? Según sus leyes deben dejarles tranquilos y obligar a los colonos a marcharse.

Soltando maldiciones, Adan intentó avanzar hacia Smarglo. Alice le contuvo.

—Déjalo, ese perro tiene razón. Si se demuestra que los halkos son los verdaderos aborígenes de Kalgalla tienen todo el derecho a exigirnos que los humanos nos marchemos.

—¿Crees que Joe Jeffrey consentirá semejante disparate?

—No. Y si es preciso nosotros tendremos que convencerle.

Escucharon la risa de Smarglo, quien dijo:

—Y cuando vosotros os marchéis humillados yo lo haré después con una nave cargada de riquezas, que no compartiré con nadie porque ese estúpido de Kholt sintió remordimientos de conciencia.

Los dos comandantes no respondieron. Se sentían observados por miles de soldados del Orden y los ejércitos de guerrilleros de Jeffrey. Pero en realidad es que no sabían que hacer.

Cuando el halko se volvió lentamente hacia Smarglo y le habló, todos fueron sorprendidos por sus secas palabras:

—Humano Smarglo, tú nunca te marcharás de Halko, de nuestro recobrado mundo.

Smarglo dio un salto hacia atrás, como si alguien le hubiese golpeado.

—¿Qué dices?

—Tú mataste a nuestros hermanos al arrojarlos al espacio y por tal acción te condenamos a muerte.

—¡Estás loco, monstruo estúpido! Me prometiste todas las riquezas y…

—Así es, humano Smarglo. Tendrás todas las riquezas, pero luego te mataremos. Nunca te prometimos que saldrías de aquí con vida.

—¡Pero dijiste que el humano Kholt y los demás que os ayudaron a instalar la máquina que produce frío podrían marcharse!

—Nunca dijimos que tú te irías con ellos.

Y otro halko añadió:

—Somos fieles a nuestros pensamientos. Lucharemos contra todos los humanos, recuperaremos para ti las riquezas y así, cuando las tengas, te mataremos. Es la ley de nuestro pueblo.

Smarglo gritó y su mano bajó hasta el cinto, de donde pendía un láser. Lo amartilló y disparó varias veces contra los halkos. Los destellos mortales restallaron en las pieles brillantes.

Ningún halko cayó al suelo. El más próximo asió a Smarglo por el cuello con una garra. Con las otras sujetó piernas y brazos y el cuerpo del tirano se dobló grotescamente, rompiéndose y quebrando el agudo aullido de dolor del humano.

El halko dejó caer el cuerpo sobre la nieve, se volvió hacia los comandantes y dijo:

—Aunque muerto le daremos las riquezas que deseaba. Nosotros en ningún momento pensamos una cosa que no haremos.

Intentando no perder la serenidad, Alice dijo:

—Os daremos las riquezas.

—Y os marcharéis del planeta —añadió otro halko.

—Eso será difícil. Este planeta ya no es apto para vosotros. Dejó de serlo hace miles de años, cuando partisteis en busca de otro hogar más confortable.

—No tenemos otro. El humano Smarglo nos aseguró que vosotros, los que tenéis la piel negra y plata obligaríais a los demás humanos a marcharse. ¿Es que fue otra mentira?

—No. Nuestras leyes os protegen, aunque esta afirmación os resulte difícil de creer. Pero durante todo el tiempo que aparentemente este mundo no tenía vida inteligente, llegaron seres como nosotros y tomaron como su patria este mundo. ¿Cómo podemos pedirles que se marchen?

—Los echaremos nosotros si no se marchan pacíficamente. Es nuestra última palabra.

Y los halkos empezaron a volverse hacia su numeroso grupo.

Cuando Alice y Adan volvieron a la loma, el doctor Goldstein corrió hacia ellos, asustado.

—Joe dirigió hacia ustedes un micrófono y lo escuchó todo.

—¿Qué quiere decir, *doc*?

—Se volvió loco cuando el halko exigió el mundo para ellos y ustedes no se opusieron. Yo…

—Termine —le espetó Alice.

—Yo había le explicado que los halko pueden ser aniquilados usando los aparatos de microondas que trajimos de la *Silente* y Joe se ha apoderado de ellos con la ayuda de varios de sus hombres.

Alice salió corriendo hacia donde estaban los emisores de microondas, pero Adan saltó por encima de las rocas y llegó al mismo tiempo que ella.

Rodeados por soldados de LeLoux, Joe estaba detrás de los emisores, apoyado por las armas de varios de sus guerrilleros.

Al ver llegar a los comandantes, sin levantar las manos de los controles, Joe dijo:

—No estoy dispuesto a dejar este mundo a esos monstruos. Lo siento. No os culpo. Sé que tenéis unas leyes estrictas y vosotros pensáis que cumplís con vuestro deber al pedirnos que nos larguemos. ¡Pero eso nunca lo haremos!

Alice alzó una mano.

—Deténgase, Joe. No podemos consentir que aniquile una raza inteligente. Pese a su aspecto son racionales y nada belicosos. Diría que hasta pacíficos.

—¿De verdad? No me haga reír, comandante Cooper. ¿Qué me dice de los nuestros que murieron en la fortaleza? ¿Es que ya no se acuerda del joven Melvin?

—Eso fue un accidente lamentable. También nosotros matamos a muchos de ellos y ahora hay un halko a bordo de la *Silente*

completamente inofensivo, con el cual Goldstein investigó estos días pasados.

Al oír aquella novedad Adan frunció el ceño, pensando que ni así conseguirían convencer al kalgallano.

—Si no pueden combatir entonces déjenos a nosotros que luchemos por nuestro mundo. Aquí llevamos varios siglos viviendo y hasta hace poco no hemos conseguido la libertad. Resulta irónico que después de vencer al tirano, apenas transcurridos unos días, lleguen esas arañas rojas y nos digan que nos marchemos. ¡Y que humanos como nosotros las apoyen!

»Enviaré las microondas contra esos seres y así les libraré de cualquier responsabilidad. Luego, si es preciso, pueden condenarme. Con gusto me uniré al general Kholt y sus mercenarios, constituyéndome como prisionero. ¡Pero mi gente no abandonará este mundo!

Adan crispó las manos rozando la culata de su arma. Alice estaba a su lado, serena, y parecía seguir intentando convencer a Joe. Pero el kalgallano apretó los mandos y envió las microondas contra el valle.

Los halkos emitieron a los cielos un desgarrador grito de muerte.

Los ecos devolvieron el lamento de los halkos jóvenes.

La respuesta psíquica de los alienígenas fue tan repentina que Joe contuvo durante un instante la presión sobre los mandos de los emisores de microondas.

También sus guerrilleros quedaron aturdidos y los soldados de LeLoux aprovecharon para intervenir.

Cuando Joe quiso hacer funcionar de nuevo los proyectores se encontró con un seco puñetazo en el mentón que él propinó Adan con todas sus fuerzas.

El silencio se hizo y se alzó pavorosamente desde el valle donde se debatían miles de halkos.

Adan y Alice se miraron. Cada uno de ellos esperaba del otro una respuesta.

EPÍLOGO

… La emisión de microondas no fue lo suficientemente prolongada para provocar la matanza. Los jóvenes halkos apenas sufrieron un desvanecimiento. Los adultos sintieron algo parecido a náuseas y luego pudieron seguir dialogando con el comandante Villagran y conmigo.

»Como afirmaba el doctor Goldstein, los halkos poseen una civilización tecnológica muy peculiar, producto de su avanzada capacidad psíquica que les ha permitido obviar amplios campos de conocimientos. El ataque de microondas fue para ellos algo sobrenatural, ya que dado su egocentrismo creen firmemente que su superioridad es notoria y por tanto ningún arma de origen humano es capaz de dañarles.

»Les convencimos de que Kalgalla seguía siendo un mundo nocivo para ellos y cuando les propusimos que podían ir a otro mundo, donde el frío sería el adecuado, ellos nos repusieron que en todo el universo no había más mundos para sus gentes.

»Aquello nos sorprendió, pero cuando más tarde nos dejaron investigar en su nave, comprendimos que nunca, en varios miles de años, habían salido del sistema estelar de Kalgalla. Nunca desarrollaron los vuelos interestelares.

»Viajaban en suspensión animada y se limitaron a dar vueltas y vueltas a dos mil millones de kilómetros de Kalgalla, trazando círculos en torno a su estrella y buscando estúpidamente siempre en la misma zona.

»Por lo tanto, es fácil encontrar para ellos un mundo adecuado. Sus características están detalladas al final de este informe, así como varios candidatos idóneos para las peculiaridades físicas de los halkos. Confío que el Alto Mando esté conforme y que, inmediatamente y usando los cargueros recién llegados, traslademos a los diez mil halkos vivos y a los millones de bulbos que aún no han eclosionado a su nuevo hogar.

»Kalgalla seguirá habitada por los humanos que hace siglos llevaron

los imperialistas, reiterándome en el hecho de que no se presenten cargos contra Joe Jeffrey, ya que actuó bajo una fuerte enajenación mental.

»También confío que el general Kholt y los demás prisioneros mercenarios sean tratados de acuerdo con la acción que llevaron a cabo al no querer secundar la locura de Smarglo. Supongo que Kholt adivinó que el antiguo tirano nunca se saldría con la suya. El general había comprendido que los halkos nunca mintieron, pero éstos no accederían a perdonar la vida Smarglo.

»Afortunadamente pudimos mantener en secreto las muertes de los halkos en la fortaleza. En cuanto al que teníamos en la Silente se reunió con sus congéneres con gran disgusto del doctor Goldstein, cuyas investigaciones se adjuntan también al presente informe.

»Personalmente considero que los halko son una especie muy poderosa psíquicamente lo que paradójicamente les ha vuelto extremadamente débiles ante cualquier alteración que sufran en su hábitat. Dudo que representen un peligro para el Orden dado su carácter aislacionista pero visto su escaso interés para cooperar con otras especies el comandante Villagran y yo consideramos prudente mantenerles un tiempo bajo vigilancia para confirmar estas observaciones.

»Ante todo lo expuesto considero que no ha sido vulnerada ninguna ley del Orden Estelar.

»Los humanos de Kalgalla y…

Alice Cooper, comandante de la Unidad Exploradora Silente.
Fragmento del Informe Kalgalla.

FIN